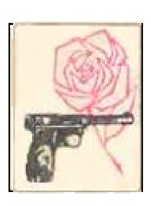




Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El diablo sopla en el Caribe

Brigitte recibe un mensaje urgente de su amiga la Burja Mabanga, y se apresura a ir en su ayuda, acompañada del simpático Frank Minello, para «matar a los demonios que soplan en el Caribe».



Lou Carrigan

El diablo sopla en el Caribe

Brigitte en acción - 224

Archivo Secreto - 218

ePub r1.3

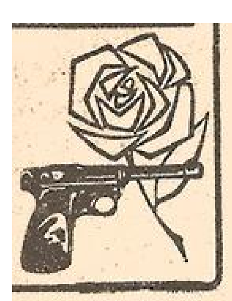
Titivillus 06.09.2017

Lou Carrigan, 1974

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Pepito56
ePub base r1.2




4
ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA
epublibre



ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Prólogo

Apenas habían comenzado a caer cuatro gotas, cuando Diomedes, entre aburrido y preocupado, vio aparecer a la muchacha. Una muchacha negra, como él mismo. Y además, muy bonita, y joven… La muchacha llegó corriendo al porche de la casa, y se quedó allí, sin duda alguna para guarecerse de la lluvia, que iba espesándose, convirtiéndose en un diluvio auténtico.

Diomedes salió al porche, y dijo:

—Puedes pasar adentro, si lo deseas.

La muchacha respingó al oír la voz tras ella, de modo tan inesperado, y se volvió vivamente. Cuando vio el rostro del buen Diomedes, sonrió, y Diomedes comprendió que él también le había gustado a la negrita, al primer golpe de vista. Lo cual no le sorprendía, pues sabía que era muy atractivo.

—Bueno… —aceptó ella—. Sí, entraré, gracias.

Entraron en la cabaña. Se quedaron mirándose, y Diomedes señaló a la muchacha.

—Tienes el vestido empapado. Será mejor que te lo quites, y buscaremos algo seco por aquí. Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—No. Soy del otro lado de la isla. Me he escapado.

—¿Escapado…, de dónde?

—De casa. Quiero marcharme de esta isla, llegar a sitios mejores, y vivir una vida agradable… ¡Estoy harta de ser una negra miserable!

—¡Ah…! Bueno, eres una negra, pero no miserable. ¿De modo que quieres irte de la isla? ¿Y adónde irás?

—Por ahí. ¡A vivir la vida!

—Buena idea —sonrió Diomedes—. Pero las negras tan bonitas como tú, o se dedican a rameras o a servir a los blancos.

—¡No serviré, nunca más, a nadie!

—Entonces —rió Diomedes—, ¡tendrás que hacer de ramera!

—Pues haré de ramera.

—¿Eres virgen?

—¡No digas tonterías! —rió la negrita—. ¡Claro que no soy virgen!

—Pues lo pareces… Quiero decir que parece que tienes un cuerpo tan hermoso como el de una virgen. Vas a coger frío.

Volvió a señalarla. La negrita lo miró maliciosamente, y Diomedes volvió a sonreír. De pronto, ella se quitó el vestido empapado, y lo tiró con fuerza a un rincón de la estancia. Un bonito vestido con estampados de flores azules y rojas…, pero mucho menos bonito que lo que vio Diomedes.

—Si tienes frío, puedo hacerte fricciones —rió el negro.

—¿Crees que me gustará? —musitó ella.

—Podemos probar…

Él se acercó, y puso las, manos sobre los hombros de la negrita, que le miraba con ojos relucientes. Afuera rugía la lluvia, cada vez más tempestuosamente. Una lluvia que comenzaba a arremolinarse de un modo violento… Diomedes deslizó las manos por los hombros y los brazos de la muchacha, y de pronto, las colocó sobre los senos. La negrita rió; y Diomedes la abrazó y la besó en la boca. Ella se abrazó a él, y de pronto, en medio del beso, le mordió un labio, Diomedes se apartó bruscamente, dolorido…

—¿Por qué has hecho eso? —protestó.

—Lo he hecho porque me gustas —consiguió hacerse oír la negrita por Diomedes.

Diomedes sonrió, satisfecho y feliz, y comenzó a besar a la negrita en los pechos… La tendió sobre una piel de cabra, y sus besos fueron recorriendo todo el elástico cuerpo de seda negra, que vibraba en su veloz camino hacia el deseo total…

—Ven… —pidió ella—. ¡No pierdas más tiempo, ven…!

Diomedes fue. El hermoso cuerpo de la muchacha palpitaba ardientemente bajo el suyo. Diomedes llegó, y la negrita dio un grito de alegría; y se abrazó con más fuerza a él, cerrando los ojos, jadeando.

—Sí, sí, sí… —gritaba—. ¡Sí, sí…!

Abrió los ojos, como alucinada, transportada de placer… Y entonces, al abrir los ojos, vio de pronto a los demonios. Por un instante, quedó petrificada de asombro…, que se convirtió en el

acto en grandioso terror. Ante ella estaban los grandes diablos de rostros rojos y blancos, horrendos, rodeados de fuego, ahora…

El huracán seguía pasando sobre aquella pequeña isla del Caribe.

La negrita dio un grito espantoso, se quitó de encima a Diomedes, y corrió a refugiarse en un rincón de la cabaña, aullando su pavor, tapándose el rostro con las manos. Diomedes, que había rodado por el suelo justamente cuando estaba en el centro del maravilloso viaje, compuso una mueca de rabia.

—¿Por qué no…? —empezó.

Entonces, él también vio a los demonios. Una lengua de fuego fue hacia él, y Diomedes lanzó un alarido terrible cuando la llama le alcanzó fugazmente.

Pese al rugido del huracán, la voz de uno de los diablos llegó a oídos de Diomedes:

—¿Para quién era la carta?

—¿Qué… qué…?

—¡La carta que ella ha ido a echar al buzón en Antillanie!

—Pa… para…

Diomedes lo dijo, pero el rugir del huracán se llevó sus palabras. Uno de los diablos de horripilantes rostros se inclinó hacia él, y Diomedes repitió la información. El diablo preguntó algo más, pero Diomedes negó con la cabeza.

—¡Ya lo he dicho todo! —gritó—. ¡No hay nada más, no sé nada más, no sé nada más!

Estaba tan aterrorizado, que las palabras eran gritos de angustia, de un modo infinito. Afuera seguía rugiendo el huracán, sobre la pequeña isla del Caribe. Soplaba, soplaba, soplaba… El viento penetraba, ahora, por todas partes, lo envolvía todo, lo absorbía todo, mientras trombas de agua se desplazaban verticalmente, golpeaban contra los árboles, contra la cabaña…

El diablo se había separado de Diomedes… Y entonces, Diomedes volvió a gritar, cuando apareció la pequeña llamarada ante sus desorbitados ojos. Lanzó un horrendo grito, sus ojos giraron dejando de contemplar a aquellos demonios alucinantes… La pequeña llamarada se convirtió, de pronto, en una larga y densa lengua de fuego, que parecía brotar de uno de los diablos de rostros rojos y blancos, y Diomedes quedó completamente envuelto en

ella… Lanzando un alarido infrahumano, se puso en pie, pero ya estaba convertido en una antorcha, rodeado de llamaradas, que lo estaban consumiendo rápidamente mientras caía, o, más bien, parecía deslizarse hacia el suelo, encogiéndose, desapareciendo…

La muchacha negra no pudo resistir más aquella visión, ni el intenso olor a carne quemada, consumida. Gritando despavorida, salió del rincón, corrió hacia la ventana, y saltó por ella al exterior, de cualquier manera. Al exterior, donde seguía rugiendo y rugiendo el huracán con una violencia cada vez más impresionante.

Pero el huracán le daba menos miedo que aquellos demonios, así que, tras rodar por el porche y ponerse en pie, la muchacha comenzó a correr alejándose de la cabaña. No sabía nada ni veía nada; sólo había en su mente un pensamiento: escapar de aquellos demonios.

Desnuda, corriendo cuanto podía, perdida en la fría oscuridad del huracán, fue alcanzada en pocos segundos por los gigantescos demonios, que cayeron sobre ella ávidamente. No sabía cuántos eran, ni cómo eran, pues estaba cegada por el miedo. Gritaba, gritaba, gritaba…, mientras sentía dolorosamente la primera y brutal violación. De pronto, dejó de gritar.

Pero los demonios de rostros blancos y rojos continuaron con ella hasta que todos estuvieron satisfechos.

Luego, lanzaron sus llamaradas infernales, y el cuerpo de la muchacha comenzó a convertirse en cenizas; pese a la lluvia, a los vientos, al espantoso huracán que estaba azotando aquella pequeña isla en el Mar Caribe.

Capítulo Primero

Frank Minello señaló de modo impertinente a su bellísima e improvisada secretaría, agitando mucho el dedo índice.

—¡Escribe, escribe! —exigió.

—Frankie: ¿estás seguro de que quieres cursar esta carta? ¿Seguro de verdad?

—¡Segurísimo! ¡Escribe, escribe…! —Volvió a agitar impertinentemente el dedo Minello.

Brigitte Montfort, alias Baby, suspiró, y apercibió el bloc de notas y el pequeño bolígrafo de oro. Estaba sentada en el sofá del lujoso salón de su apartamento en el Crystal Building de la Quinta Avenida neoyorquina, y parecía la reina de la belleza en su trono indiscutible. Incluso estando en bata y zapatillas y recién bañada, con el pelo recogido con una toalla de color azul, parecía una reina. Hasta el punto de que si se hubiese puesto una corona sobre la toalla nadie habría podido sorprenderse.

Lo sorprendente, lo increíble, era su belleza, sus bellísimas formas, sus grandiosos y maravillosos ojos azules, que tras contemplar a Frank Minello con expresión no poco paciente, se posaron en el bloc.

—Escribo —dijo—. ¡Adelante, Frankie!

—Bien. Esto… Sí, escribe, escribe… Vamos a ver… Allá va: Muy señor mío y tirano cabezón, pero con menos sesos que un garbanzo: por la presente, tengo el grandísimo placer de proporcionarle a usted el enorme disgusto de presentarle mi dimisión en ese asqueroso periodicucho llamado Morning News en el que, hasta la fecha… ¿Has puesto la fecha, Brigitte?

—Sí, Frankie.

—Bien. Prosigo… ¿Dónde estábamos?

—Ese asqueroso periodicucho llamado Morning News en el que, hasta la fecha…

—¡Ah, sí…! En el que hasta la fecha he tenido la desgracia de trabajar a sus órdenes encargándome de la jefatura de la sección deportiva. Sepa usted, tirano cabezón y barrigón, que si no contase usted con la colaboración de miss Montfort, a la que tengo el privilegio de conocer y amar, ese periodicucho se habría ido a hacer puñetas hace un montón de años. ¡Entérese de una vez, viejo traga pastillas a la hora en punto: usted y su cretinísimo periodicucho no serían nada sin miss Montfort, y ya veremos a qué imbécil pone a partir de ahora al frente de la sección deportiva mientras yo me lo paso en grande tomándome unas vacaciones…! ¿Has puesto el nombre del destinatario, Brigitte?

—Miky Grogan, director del Morning News, Nueva York… Está puesto, Frankie.

—Bien. Muy bien… ¡Ejem…! Sí, señor: es usted un pedante, un aguafiestas, un tirano y una bolsa llena de antibióticos para su úlcera, sus canas y su estupidez congénita…

—¿No te parece que te estás pasando?

—¡No, no… Nada de eso…! Escribe, escribe. Mmm… Estupidez congénita que jamás conseguirá curar. Porque, señor mío, las verrugas y el sarampión se pueden curar, pero la estupidez, ¡nunca! Así que está usted condenado a cadena perpetua de estupidez como lo ha demostrado al llamarme la atención por el simple hecho de haber roto con el codo el cristal de la puerta de su pestilente despacho, mientras le hacía a su secretaria una demostración de la velada pugilística de anoche…

—¿Rompiste el cristal con el codo? —rió Brigitte, tan encantadora, que Minello se encontró al borde del infarto.

—Pues sí… ¡Pero eso le pasa a cualquiera, ¿no?!

—Es verdad —admitió la divina—: Pero tú le has roto el cristal de la puerta a Miky por lo menos una docena de veces, Frankie…

—¿Te pones de su parte? —gritó Minello.

—No, no. Sigue.

—¡Zambomba…! ¡Me habías asustado! Bueno, pues eso…

—¿Nada más?

—Sí… Pon ahí: Ojalá le pongan en la puerta un espejo, en vez de un cristal con su nombre pintado; así, cada vez que levante la cabezota, se verá en ese espejo, y acabará muriéndose de asco y de miedo ante tan horripilante visión. Y desde luego, si espera usted

convencerme para que retire mi dimisión, o simplemente para que ni siquiera la cursemos, está listo, tío ajo. Conque ahí se queda usted con su ulcera y demás, y le voy a echar una maldición que le va a destrozar hasta los huesos. Ahí va: ¡ojalá miss Montfort le presente también su dimisión, y de este modo usted y su periodicucho se irán al carajo de una puñetera vez! Queda de usted afectísimo y seguro servidor, que…

—¡Hombre, Frankie, esto no encaja con la carta! ¿Cómo se le puede decir a una persona que recibe una carta semejante que quedas afectísimo y seguro servidor?

—Es verdad… Tacha eso…

—No lo he escrito.

—¡Ah! Bueno, pues escribe: queda de usted enemigo a muerte y le hace la pedorreta setecientas veces, Frank Minello. ¿Lista?

—Lista —Brigitte arrancó la hoja del bloc y se la tendió—. Sólo tienes que firmar y le daremos curso.

—Muy bien —Minello tomó la hoja, la miró y se quedó boquiabierto—. ¡Pero esto está escrito en taquigrafía!

—No importa. Micky entiende muy bien mi taquigrafía.

—Es verdad. Pues nada, firmo y te cursamos. Frank… Mi… ne… llo. ¡Ya está! ¿Tienes un sobre?

—Aquí está.

Frank Minello metió la hoja de papel en el sobre, salió del salón y a los pocos segundos asomó la cabeza.

—Toc, toc —dijo.

—¿Quién es? —preguntó Brigitte, llena de paciencia.

—Correos. ¿Se puede?

—Pase usted, cartero.

—Gracias, bella señorita. Traigo una carta para un tío que se llama Miky Grogan.

Brigitte señaló hacia el sillón donde Miky Grogan, inmóvil, ceñudo el gesto, mirando venenosamente a Minello todo el tiempo, había permanecido cómodamente sentado.

—Es aquel señor —dijo la bellísima.

—Gracias —Minello se acercó a Grogan y le tendió la carta—. Carta para usted, oiga.

Miky Grogan tomó la carta de un manotazo, sacó el papel, hizo como que lo leía, asintió con la cabeza y miró a Brigitte.

—Señorita Montfort: ¿sería tan amable de escribirle una carta a ese retrasado mental de Minello, diciéndole que acepto encantado su dimisión?

—¡Oh, no! —protestó la guapísima—. ¡Otra carta, no! Vamos, no sean niños… Dense la mano y aquí no ha pasado nada. Total, sólo ha sido un cristal, Miky.

—¡Una docena de cristales! —gritó éste—. ¡Ya estoy harto de este tarado mental!

—¡Dios mío! —Alzó los ojazos Brigitte hacia el cielo—. ¿Por qué me has mezclado en esto? Es una locura interponerse entre estos dos cabezotas…

—Aquí no hay más que un cabezota —dijo Minello.

—Es cierto —admitió Grogan—: tú.

—¡Usted!

—¡Tú!

—¡Ust…!

Brigitte alzó una mano y Minello quedó mudó al instante. Y en seguida, oyeron, lejano, el sonido de la puerta del apartamento al cerrarse. Se quedaron los tres mirando hacia la puerta del salón, por la que apareció a los pocos segundos el ama de llaves de Brigitte, la rubita y encantadora Peggy. Con expresión asustada, desde luego.

—¿Qué… qué pasa? —Miró a todos lados—. ¿Qué pasa?

—¿Se oyen los gritos en el pasillo? —Se aterró Brigitte.

—¡Oh, sí, señorita! Creí… creí que pasaba algo malo…

—Lo que pasa es todo bueno —sonrió beatíficamente Miky Grogan, agitando el papel taquigrafiado—. ¡Tengo en mi poder lo que durante años he estado deseando! ¡Una carta de dimisión…!

—¡Ah, señorita, tiene una carta! —dijo Peggy, acercándose a Brigitte—. Acabo de recogerla abajo.

—Gracias, Peggy. ¿De verdad se oían los gritos?

—¡Uy, ya lo creo!

Brigitte frunció el ceño, miró a Grogan, miró a Minello, y tras refunfuñar algo, miró la carta.

«Miss Montfort

Crystal Building

New York City. USA»

Eso era todo. Y suficiente.

—¿De quién es? —preguntó Minello.

—No lo sé. No conozco la letra.

—Bueno, pues ábrela y sabremos quién té escriben.

—¡Qué listo eres! —dijo Grogan.

—Oiga, no se meta conmigo o la vamos a liar. Y agradezca que estamos en el hogar de Brigitte, que si no…

—¿Qué? —desafió Grogan.

—Si no estuviéramos aquí…

—¿Qué? —Casi rugió Grogan.

—Pues… que estaríamos en otro sitio.

Miky Grogan soltó un bufido y quedó ahogándose en su rabia, mientras Peggy no podía evitar una carcajada y Brigitte, siguiendo el sapientísimo consejo de Minello, abría el sobre y leía lo escrito en la hoja de papel que contenía.

Se quedó boquiabierta. Luego, alzó las cejas; Finalmente, parpadeó, como quien cree estar viendo visiones. Frank Minello se acercó y le quitó la carta, que leyó rápidamente. Rápidamente, ya que era muy corta. Y sorprendente:

«Querida niña, los demonios malos están soplando en el Caribe. Ven a matarlos. Soy Mabanga y te esperó».

—¡Zambomba…! ¡Pero si es divertidísimo! —exclamó Minello—. ¡Je, je! ¡En toda mi vida he leído una cosa más tonta… y más divertida! ¡Je, je, je! Oye, Brigitte: ¿tú no ríes?

Brigitte ni siquiera contestó. Estaba pensando en Mabanga, la vieja y simpática hechicera del vudú que, entre otras cosas, le había vaticinado que tendría cuatro hijos. La última vez que había visto a Mabanga había sido con motivo del viaje que ésta realizó a Nueva York para ayudarla; a requerimiento suyo. Ahora era Mabanga quien llamaba a la querida niña…

—¿Qué dice la carta? —Tendió la mano Grogan.

—«Querida niña, los demonios malos están soplando en el Caribe. Ven a matarlos. Soy Mabanga y te espero» —leyó Minello.

Peggy y Grogan lanzaron una exclamación, este último poniéndose en pie.

—¡Mabanga! ¡La bruja aquella que intervino en el asunto de Harlem…! ¿Verdad, Brigitte?

—Sí —musitó ésta, tendiendo la mano hacia Frankie.

—Esto es una tontería —decidió Minello—. ¡Pero qué demonios de demonios ni nada de nada, hombre…! ¡El único demonio que

existe no está, precisamente, en el Caribe! —Miró a Grogan.

—Frankie… Me estás cansando…

—Pues siéntese… ¿Qué miras ahora?

La pregunta iba dirigida a Brigitte, que estaba dando vueltas al sobre… y pensando que jamás había visto nada escrito por la bruja Mabanga. Por otro lado, aquella letra grande y torpe a ella le parecía propia de un hombre, no de una mujer.

—Me parece que Mabanga no sabe escribir. Y alguien le ha escrito esta carta para mí —musitó.

—Pero… ¿te la estás tomando en serio?

—Lo de los demonios, no —casi sonrió Brigitte—. Pero lo indudable es que Mabanga me pide ayuda, Frankie.

—¿Eso quiere decir que te vas al Caribe?

—Ahora que recuerdo —reflexionó Grogan—. Bueno, puede ser una tontería, claro…

—¡Toma, seguro! —intercaló rápidamente Minello.

—Pero recuerdo que en el periódico hemos publicado pequeñas noticias sobre unos huracanes en el Caribe… Poca cosa. A lo mejor, esa bruja se refiere a los huracanes, cuando dice qué soplan en el Caribe.

—Lo seguro es que no son demonios, porque usted está aquí —dijo Minello.

—Frankie —lo miró Brigitte—: ¿serías tan amable de hacerme un favor?

—¡Reina de mi corazón! —Minello cayó de rodillas ante Brigitte—. ¡Pídeme la Luna, pídeme el Sol, pídeme…!

—Sólo se trata de que me reserves un pasaje de avión, en el primer vuelo que puedas, conseguir para Fort de France, en la Martinica. ¿Querrás hacerlo?

—¡No! ¡Jamás me separaré de ti, jamás consentiré…!

—Estoy hablando en serio, Frankie. ¡Oh, déjalo…! Peggy se encargará de…

—¡De ninguna manera! ¡Tu esclavo soy yo!

—Pues ve a sacarme ese pasaje.

—Sí, Reina de las Flores —fue retrocediendo de rodillas Minello, postrándose repetidamente hasta el suelo—. Sí, Reina de los Cielos. Si Reina de Todo…

Llegó, siempre de rodillas y postrándose, hasta la salida del

salón y desapareció. Miky Grogan soltó un bufido cuando oyó el porrazo de la puerta del apartamento.

—Esta vez no se salva —mascullό—. ¡Voy a aceptar su dimisión!

—Hará usted muy bien, Miky.

—Sí… Eso es lo que voy a hacer. ¡Fuera, a la calle!

—Magnífico.

—¡No quiero verlo más!

—Le comprendo perfectamente, Miky.

—¡Por fin libre de ese idiota de nacimiento!

—¡Estupendo! —sonrió Brigitte—. Y ahora, si me disculpa, voy a vestirme. Peggy, ¿quieres ayudarme a preparar el equipaje tropical, por favor?

—Sí, señorita.

—No llegará ni el año próximo —bufó Grogan—. ¡Ese alcornoque no sabrá ni adquirir un simple pasaje de avión!

—Dicen qué Dios ayuda a los niños y a los tontos —sonrió Brigitte, dulcemente—. Esperemos que ayude a Frankie.

El refrán quedó confirmado. Frank Minello, era un tonto o era todavía un niño, porque una hora después llamó por teléfono, informando a Peggy, que atendió la llamada, de que Brigitte tenía su pasaje esperándola en las oficinas de North and South America Airlines del aeropuerto Kennedy, para el vuelo 702, que saldría de dicho aeropuerto dos horas más tarde.

Capítulo II

Es decir, que a las ocho y media de la noche, la señorita Brigitte Montfort, periodista, Premio Pulitzer en esta actividad, y Premio Mundial de Espionaje Secretísimo si algún día se instituyera tal premio, se acomodaba en su butaca del reactor que, salvo imprevistos, aterrizaría alrededor de la una de la madrugada en San Juan de Puerto Rico, donde se vería forzada a hacer una escala hasta las ocho de la mañana siguiente.

—Si se mueve, la dejo seca —oyó a su izquierda.

La más peligrosa espía del mundo se limitó a volver la cabeza hacia el hombre que acababa de sentarse a su lado, en el asiento del pasillo. Un tipo barbudo, con lentes oscuros, que tenía la mano derecha dentro del bolsillo derecho del gabán, y que la movió significativamente.

—La estoy apuntando con una pistola, agente Baby —advirtió secamente, en italiano, de nuevo.

Brigitte consiguió salir de su estupefacción.

—Frankie —musitó—. ¡Frankie!

—Se equivoca, nena —dijo con truculencia el barbudo—. Soy el agente secreto XZXMOXASWXA-387474Ó6353. Pero llámeme Paco.

Brigitte no sabía si echarse a reír o a llorar. Cuando abrió la boca, ya era demasiado tarde para solucionar el asunto, pues por el altavoz se suplicó a los señores pasajeros que se abrochasen los cinturones y apareció el luminoso prohibiendo fumar… La voz seguía dando instrucciones que Brigitte no escuchaba.

—Pero… ¿qué haces aquí?

—¿Quién? —preguntó el agente Paco—. ¿Yo?

—¡Tú! ¿Qué haces en este avión?

—Vendo planos secretos. —Paco se inclinó hacia Brigitte—. Planos de bombas, de aviones, de carros de combate, de muñecas que dicen papá y mamá y hacen pis, de…

—¡Por el amor de Dios, Frankie, quítate esas ridículas barbas!

—Sssst… ¡Podrían reconocerme mis enemigos!

—¡Ya te he reconocido yo, y es suficiente! ¿Qué pretendes con esta tontería? ¿Adónde vas?

—A San Juan de Puerto Rico, a bailar el tango… ¿O el tango se baila en Canadá? Ahora no recuerdo.

—Frankie, ¿qué pretendes con…?

—¡Brigitte! —aulló Minello—. Pero ¿eres tú? ¡Qué casualidad…! ¡No me digas que vas a San Juan de Puerto Rico! ¡Es maravilloso encontrarte; qué sorpresa tan estupenda…! ¿De verdad vas a San Juan de Puerto Rico?

—Sí —refunfuñó Brigitte, oyendo risas a su alrededor—. Sí, voy a San Juan de Puerto Rico.

—¿Qué te parece? ¡Pero esto es formidable…! ¡Hay que celebrarlo! ¿Salimos a la terraza a tomar una copa?

Se oyeron más risas. Brigitte volvió a cerrar los ojos, y cuando los abrió, sonrió.

—Frankie: ésta es una jugada que me pagarás.

Sin embargo, el hecho cierto fue que el viaje hasta San Juan de Puerto Rico resultó divertidísimo para los pasajeros del vuelo 702 de la North and South America Airlines, y que incluso la señorita Montfort, que al principio parecía muy enfadada, comenzó a reír bien pronto las ocurrencias del simpático y atolondrado italoamericano Frank Minello.

En San Juan, ocuparon sendas habitaciones en un confortable hotel. Eran dos habitaciones comunicadas, lo cual no mereció ni siquiera un comentario por parte de Brigitte.

Sin embargo, cuando precisamente estaba desnuda delante de la cama, después de ducharse, y dispuesta a ponerse una camisita para dormir, la puerta de comunicación se abrió, y Minello entró resueltamente, también desnudo y recién duchado, secándose vigorosamente la cabeza.

Durante un par de segundos, Brigitte lo contempló atónita. Luego, exclamó:

—¡Frankie!

Minello dejó de secarse la cabeza, la miró, y sonrió.

—¡Hola! —saludó, guiñando un ojo—. ¡Una ducha estupenda, ¿no te parece?

—Sí, sí, pero…

Minello se quedó de pronto mirándola boquiabierto. Recorrió velozmente el espléndido cuerpo desnudo de arriba abajo, de abajo arriba…!

—¡Zambomba! —exclamó—. ¡Estás desnuda, Brigitte!

—Precisamente —frunció el ceño ella—. ¡Y tú también!

—Vaya… ¿Qué te parece? Oye, ya que estamos en tan agradables circunstancias, ¿qué te parecería que…?

—¡Nada de eso!

—Bueno —gruñó él—: pues si no has venido a buscar felicidad ¿qué haces en mi habitación?

—¿Que qué hago en…? ¡Tú estás en MI habitación!

Minello quedó absolutamente pasmado.

—¿En tu habitación? ¿Y qué hago yo aquí?

—¡Frankieee…! —amenazó Brigitte.

—Espera, espera un momento. Aquí hay un error —Minello se acercó a Brigitte, adelantó un dedo, y presionó en uno de los pujantes senos femeninos—. ¡Zambomba, no estoy soñando!

—Frankie: sal de aquí ahora mismo.

—Pero, mujer… Mira, verás lo que ha pasado: yo me he duchado, y entonces, pues claro, he comenzado a secarme; y secándome, secándome, he ido caminando, convencido de que estaba en mi habitación…, ¡y resulta que estoy en la tuya!

—Frankie —murmuró Brigitte—: ¿por qué quieres empeorar las cosas? Sabes que no lo voy a hacer contigo… Por favor, Frankie… Estás siendo cruel contigo mismo. ¿No te das cuenta de… de cómo estás?

Minello tragó saliva, bajó la mirada, y se apresuró a bajar también la toalla, rápidamente. Luego, su mirada se alzó hacia los hermosos ojos que le contemplaban con expresión dolida.

—¿No? —susurró.

—Frankie, sabes cómo te quiero… Sólo de esa manera. Te lo ruego, vuelve a tu habitación… y olvidemos esto. Por favor, Frankie.

—¿Ni siquiera un beso? —susurró él.

—En las condiciones en que estás, eso sería peor. Buenas noches, Frankie querido.

—Buenas noches —murmuró Minello—. ¿No vas a guardarme

rencor por haber intentado…?

—Claro que no. Por favor, no me guardes rencor tú a mí, pero ya sabes… a quién amo.

Frank Minello dio media vuelta, y salió del dormitorio de Brigitte Montfort. Ésta suspiró, se tendió en la cama, olvidada de su camisita, y sus pensamientos fueron hacia el hombre que amaba, hacia Número Uno, que debía estar solo, como siempre, en Villa Tartaruga.

A las siete de la mañana siguiente, salían del hotel. A las ocho en punto, el avión con destino a Fort France emprendía el vuelo, sin que Brigitte Montfort hubiese encontrado sistema alguno para dejar atrás a Frank Minello… Es decir, había muchos sistemas, pero en todos ellos tendría que perder tiempo, y no era eso, ni mucho menos, lo que quería Brigitte.

—¡El Caribe! —aulló Minello, cuando se hubieron desabrochado los cinturones—. ¡Ahí tenemos el famoso, fabuloso, tropical Caribe! ¡Bailaremos el tango!

Brigitte se resignó a otro viajecito como el de la noche anterior. Por fortuna, éste sería más corto. De San Juan de Puerto Rico a Fort de France, en la Martinica, había apenas quinientas millas, distancia que no requeriría más de hora y media de vuelo, aproximadamente.

Mientras tanto, la señorita Montfort había prestado especial atención a uno de los pasajeros que había tomado el avión en San Juan. Y le había prestado especial atención por el simple hecho de que estaba tan nervioso que no la habría sorprendido que el hombre se tirase del avión para llegar antes a Fort de France volando por sus propios medios…, si hubiese podido, claro.

Era un sujeto de mediana edad y escasa estatura. Le calculó unos cincuenta años. Tenía una cabellera muy abundante, gris y sus facciones eran muy correctas; la frente, amplia, indicaba una inteligencia que debía ser fuera de lo corriente. Por lo demás, todo en él era vulgar, sin relieve alguno, y la espía no le habría concedido ni siquiera dos miradas, a no haber sido por aquella impaciencia que resultaba frenética: miraba el reloj, miraba por la ventanilla, volvía a mirar el reloj, se agitaba en su asiento, miraba de nuevo el reloj… Los pasajeros reían los chistes y las bromas de Frankie, pero aquel hombre ni siquiera parecía oírlas. No se enteraba de nada de lo que ocurría a su alrededor. Simplemente,

tenía una impaciencia que a Brigitte le pareció angustiosa.

—… Y entonces la hormiguita preguntó: ¿te he hecho daño, chiquitín? ¡Soy tan fogoso! Claro, ya se entiende que era una hormiga macho y una elefantita hembra, ¿eh? ¿Comprenden?

Las risas de los demás pasajeros distrajeron a Brigitte de su contemplación del hombrecillo… Las risas y el codazo de Minello, que sonreía con toda su bocaza.

—Míralos cómo ríen… ¡Les he contado el chiste de la hormiguita y del elefantito!

—Si continúas así, la compañía aérea te va a contratar para payaso de vuelo.

—¡Zambomba, qué buena idea! Eres genial… Todo eso de proyectar películas es ya más viejo que la Muralla de China. ¡Eso es lo que hace falta: buenos payasos! Se lo voy a sugerir a la compañía, desde luego… ¿Qué estás mirando con tanta atención?

—Aquel hombre —señaló Brigitte con la barbilla—. O es sordo o no le gustan tus chistes.

Frankie miró al personaje nervioso y frunció el ceño.

—Parece un profesor de algo. ¿Que no le gustan mis chistes? ¡Ahora vas a ver…!

—Déjalo, Frankie: está preocupado. No te agradecería tu buen humor.

—Pues él se lo pierde. ¡Zambomba, soy más feliz que un buitre con siete picos para comer carroña a lo bestia! Oye: ¿estoy soñando o es verdad que estoy viajando contigo sobre el Caribe, y que vamos a pasar juntos unas estupendas vacaciones?

—La que quisiera estar soñando soy yo. En cuanto a ti, piensa en el regreso: a Miky le va a sentar muy mal que te hayas marchado dejándole sin mando la Sección Deportiva.

—¡Al demonio con él y con sus úlceras…! ¡Al Caribe voy, qué alegre estoy, al Caribe voy…!

—Tenemos que desembarcar ya —rió Brigitte.

El hombrecillo de la espesa cabellera gris fue el primero en salir del aparato. Y naturalmente, fue el primero en mostrar su documentación, con manos rígidas, casi temblorosas… Salió de Pasaportes poco menos que corriendo, y, cuando Brigitte y Frankie aparecieron en la sala de espera, lo vieron, a través de los cristales, intentando entrar en un taxi; pero el negro encargado del vehículo

lo sacó ya del interior, moviendo negativamente la cabeza, y señaló hacia otros taxis estacionados más atrás. El hombrecillo refunfuñó algo y corrió hacia otro taxi, arrastrando la pequeña maleta.

—A eso le llamo yo tener prisa —murmuró Brigitte.

El hombrecillo se alejaba ya en el taxi cuando ellos aparecieron en el exterior. Y el taxista negro que le había negado sus servicios al apresuradísimo cliente se acercó a ellos, sonriendo ampliamente.

—¿Montfort? —preguntó—. ¿Mademoiselle Montfort?

Brigitte le miró atentamente.

—Si… Soy yo.

—Les estaba esperando. Por favor, suban al taxi.

Brigitte notó un tirón, en la falda, al mismo tiempo que a inferior altura oía la voz infantil, en francés:

—Niña… Niña, Mabanga te espera…

La espía bajó la mirada, y no pudo evitar una sonrisa al ver al niño negro, de redonda cabeza pelada, grandes ojos, descalzo, con pantalones y camisa blanca… Fue una visión muy breve, porque el taxista negro tuvo una reacción inesperada: golpeó al muchacho en la cabeza, derribándolo, mascullando algo furiosamente y al parecer, dispuesto a seguir con el niño a base de puntapiés.

Pero el niño resultó de una agilidad maravillosa, escapando a los puntapiés con toda rapidez… De todos modos, tampoco habría recibido ninguno, porque el negro del taxi quedó como clavado al suelo, sujeto por la delicada manita de la señorita Montfort, cuyos azules ojos parecían de pronto dos trozos de hielo azul.

—¡Déjelo! —ordenó Brigitte, en francés, secamente—. Y por maltratar a un…

El negro dio un fortísimo tirón para desprenderse, pero, ¡oh, sorpresa!, la delicada manita continuó allí, sujetándole como si fuese una tenaza de acero. Al mismo tiempo, Frank Minello se colocaba ante él, con el ceño fruncido.

—Te voy a enseñar a pegar, fantoche —masculló.

Inmediatamente, las cosas se complicaron.

El negro lanzó un rugido, metió su mano libre en un bolsillo y sacó una navaja. Simultáneamente al chasquido que hizo la hoja al aparecer, aparecían también tres negros más, rodeando de pronto a Brigitte, Minello y el negro, todos con navajas en la mano.

Frankie quedó un instante estupefacto. El taxista lanzó en ese

instante una cuchillada hacia el vientre de Brigitte, que lo soltó, paró el golpe con el antebrazo y lanzó su otra mano hacia el pecho del hombre; los nudillos se hundieron en el pecho masculino, bajo el esternón y el hombre quedó como petrificado, desorbitados los ojos, soltando la navaja.

Los otros tres cargaron a la vez contra Brigitte y Minello, lanzando llamaradas de odio por los ojos… El que atacaba directamente a Brigitte recibió un puntapié, entre las ingles, que lo abatió como si acabase de caerle encima una roca de un millón de toneladas y se quedó arrodillado, con las manos allí, la cabeza pegada al suelo…

De los dos que atacaban a Minello, el primero recibió tal zambombazo en el estómago que pareció que iba a quedar ensartado en el puño del norteamericano, colgado allí para siempre. El otro estaba ya lanzando la cuchilla, cuando dos manos doradas aparecieron, sujetaron su muñeca, la retorcieron…, y el hombre salió disparado hacia delante, para caer de cabeza.

Se oían silbatos policiales, gritos, voces asustadas…

Los negros se pusieron en pie, tambaleándose. Brigitte se acercó a uno de ellos, y le asió por el cuello de la camisa. El negro dio un tirón, y echó a correr a velocidad pasmosa. Brigitte se volvió hacia otro, pero todos corrían ya como perseguidos por el diablo, uno en cada dirección, mientras Minello no sabía qué hacer y cuando ya se disponía a correr en pos de uno, desistía al oír a Brigitte.

—Déjalos: no podríamos alcanzarles.

—¡Esos malditos negros que…!

—Será mejor que te calles —sonrió la divina—: tenemos aquí a la policía.

Habían llegado dos policías a pie y otros en un coche, que se detuvo en seco muy cerca de ellos. La advertencia de guardar silencio era buena, porque todos los policías que se acercaron eran negros.

—¿Qué ha pasado aquí? —gritó uno de ellos.

—¿Que qué ha pasado? —aulló Minello—. ¡Se lo voy a decir, para que…!

—Calma, Frankie. Déjame que yo lo explique…

Las explicaciones duraron poco más de cinco minutos y fueron corroboradas por los pasajeros que llegaban o se disponían a partir.

Había tantos testigos de lo sucedido que la policía martiniquense se dio por muy satisfecha cuando la educada viajera norteamericana aseguró que no pensaban hacer denuncia alguna, que habían ido allí a pasar unos días de vacaciones y que no querían complicarse la vida ni complicársela a nadie.

—¿Y el niño que le pedía limosna? —preguntó el policía.

—¡Oh, no sé! Debe estar muy asustado, escondido por ahí —la hermosísima pasajera hablaba un francés impecable—. Me parece que tardará algún tiempo en volver a pedir limosna.

—Si lo agarro le voy a tirar de las orejas —refunfuñó el policía —. Bien… Siento lo sucedido. ¿De verdad no quieren presentar una denuncia?

—De verdad. No se preocupe, agente: no ha pasado nada.

—Yo creo que sí ha pasado algo. De todos modos, encontraremos a uno de ellos, por lo menos, por medio del taxi —lo señaló—. ¿Dónde podemos encontrarla en Fort de France, para que lo identifique?

—No voy a estar en Fort de France, sino en Antillanie. Tengo amigos allí.

—¡Oh, allí será fácil de localizar! —asintió el policía—. La llamaremos cuando tengamos al hombre.

—Me parece muy bien. ¿Podemos marcharnos?

—Sí, desde luego.

Segundos después, Brigitte y Minello se acomodaban en un taxi, mientras el chófer colocaba el equipaje de Brigitte atrás.

—¿Por qué le has dicho a ese tipo que el niño pedía limosna? —Estaba todavía desconcertado Minello.

—Porque no quiero que se meta en mis asuntos.

—Pero…, encontrarán al negro del taxi y cuando le pregunten…

—No lo encontrarán. El taxi ha sido robado en Fort de France sólo para venir a recogerme, Frankie.

—¿Cómo lo sabes?

Brigitte le dirigió una apacible mirada.

—¿Todavía no has comprendido que querían llevarme engañada a algún sitio para matarme, Frankie?

Minello respingó, palideció, apretó los puños… El taxista estaba ya al volante, y preguntaba a qué hotel querían ir, en Fort de France.

—A ninguno —le sonrió Brigitte—. Llévenos directamente al embarcadero, por favor.

—Muy bien, señorita.

—Y conduzca muy despacio hasta que yo le avise.

—*Mais oui!*

El vehículo se puso en marcha y Minello miró todavía pálido a Brigitte.

—¿Por qué quieres que vayamos despacio? Esa gente…

—No volverán. En cambio, tenemos que recoger al nieto de Mabanga.

—¿A quién?

—Al niño. Es uno de los nietos de Mabanga, sin duda… Tiene tantos, que ni ella misma sabe la cantidad exacta.

—¿Cómo sabes que es uno de los nietos de esa bruja?

—Porque soy muy lista. Ve mirando por ese lado: el niño nos saldrá al paso, si es todo lo listo que corresponde a un nieto de Mabanga.

El niño era todo lo listo que convenía, porque, en efecto, apareció de entre unas matas junto a la carretera cuando el taxi pasaba por delante, con «la señorita de los ojos grandes, puros, de color cielo» bien visible en una ventanilla.

—¡Pare! —exclamó Brigitte.

El taxista obedeció y el niño corrió hacia el taxi. Brigitte abrió la portezuela, la cerró cuando el niño estuvo dentro, y dio orden de continuar hacia Fort de France. Desde luego, el taxista, que había presenciado la pequeña refriega a la salida del aeropuerto, miraba un tanto mosqueado a la pasajera, norteamericana, pero pareció optar por ocuparse de sus asuntos.

El niño estaba todavía asustado, muy abiertos los ojos, fijos en los de Brigitte. Ella sonrió y le pasó una mano por la rapada cabecita.

—¿Cómo te llamas?

—Dedé.

—¿Mabanga te ha enviado a ti solo a buscarme?

—Sí… Sí, niña.

—¿Dónde está ella?

—En la isla, escondida.

—¿Tu abuela está escondida? ¿Por qué?

—No lo sé. Mabanga me dio dinero para el transbordador y el taxi, y me dijo que viniese a esperarte, y que esta noche, o cuando llegases, te llevase con ella.

—¿Me conocías? —sonrió Brigitte—. ¿Te acuerdas de mí?

—No… Pero Mabanga me habló de tus ojos y sólo podías ser tú quien yo esperaba.

—Es listo el tío este… ¿eh? —masculló Minello.

—Pues para su edad no es tonto —rió Brigitte—. ¿Cuántos años tienes, Dedé?

—Diez.

—Dime una cosa: ¿tú crees eso de los diablos que están soplando en el Caribe?

—Los diablos malos, sí.

—¡Toma éste…! —rió Minello—. ¡Como si pudiese haber diablos buenos!

—Hay diablos que son un poco buenos —intervino el taxista, de raza negra—. Pero los que viajan ahora por el Caribe son de los más malos.

—¿De veras? —Le miró Brigitte, con curiosidad—. ¿A qué se dedican?

—Pues… hacen cosas. Soplan y soplan y soplan… Y forman huracanes que pasan sobre las islas y se llevan a las personas, y las casas, las barcas…

—Oiga, amigo —farfulló Minello—, ya sabemos que ha habido unos cuantos huracanes últimamente por aquí, pero de eso a que estén provocados por diablos que soplan…

—En este tiempo, nunca ha habido huracanes. Algunos vientos fuertes, no huracanes… Son los diablos que soplan. Usted habla en francés muy mal, señor. La señorita, muy bien.

—Y usted es muy feo —gruño Minello—. La señorita, muy guapa.

Dedé se echó a reír y el taxista, tras un instante de desconcierto, le imitó, mientras Brigitte, pensativa, esbozaba una sonrisita.

—¿Y cuántos huracanes ha habido últimamente? —preguntó.

—Varios. No recuerdo… Ocho, diez, doce… No sé… Algo quieren los diablos.

—¿Usted ha visto algún diablo?

—¡No! —El taxista se persignó a toda prisa—. ¡No lo he visto, ni

quiero verlo! Pero sí he visto dos huracanes… Y sé que los diablos están dentro, soplando.

—Seguramente es así —volvió a sonreír amablemente la espía más audaz del mundo.

Minello la miró, y soltó un bufido. Luego, cada cual quedó sumido en sus pensamientos y muy poco más hablaron hasta que, finalmente, llegaron al embarcadero de Fort de France. Mientras Minello se entendía con el taxista y se ocupaba de su equipaje, Baby miraba hacia el mar, sonriendo, pero ausente. ¡Cómo pasa el tiempo! Le parecía que había sido ayer mismo cuando llegó a Antillanie, con la orden de asesinar a Nando Zafra… Y habían pasado… Sí, tres años. Quizá era cierto que la vida era un sueño: un simple y brevísimo sueño…

Se dio cuenta, de pronto, de que estaba viendo al hombrecillo de la espesa cabellera gris. Hablaba con un negro alto y fuerte, tocado con gorra marinera. El negro movía la cabeza, y parecía un poco irritado. El hombrecillo insistía, pero no parecía probable que pudiese convencer al hercúleo negro de la gorra…

—¿Qué hacemos? —Oyó a Frank, a su lado.

—Supongo que seguir viaje hacia Antillanie. Tendremos que utilizar el transbordador. Dedé —miró al niño—: ¿dónde se toma ahora el transbordador?

—Aquí —dijo el niño—. Pero no hay ninguno hasta dentro de tres horas.

Por instinto, Brigitte miró hacia el hombrecillo y el negro de la gorra. El hombrecillo comprendía ahora lo que quería el negro, al parecer, y había mostrado un fajo de billetes. El negro vaciló, pero acabó moviendo la cabeza negativamente.

—Allá tenemos a nuestro impaciente compañero de viaje intentando alquilar una lancha, o algo parecido —musitó Brigitte—. Sigue teniendo prisa.

—Judah no se la alquilará —dijo Dedé—. Todos los que tienen embarcaciones pequeñas tienen miedo de salir al mar, por los demonios que soplan. Sólo salen los barcos grandes.

—Entonces, tendremos que esperar el transbordador, ¿no es así, Dedé?

—Sí, niña.

—Eres muy simpático —rió Brigitte—. Resulta encantador oírme

llamar niña. ¿Judah es amigo tuyo?

—Él sabe que Mabanga es mi abuela. Va mucho a Antillanie.

—Eso quiere decir que al pobre Judah le conviene ser amigo tuyo —volvió a reír Brigitte—. Bueno, pues vamos a aprovecharnos de esa amistad. Toma este dinero —sacó unos billetes del maletín rojo con florecillas azules—, y ve a decirle a Judah que necesitamos su lancha, porque Mabanga nos está esperando ahora mismo…

—Mabanga me dijo que te llevase con ella cuando fuese de noche y ahora es de día, niña.

—Sé que es de día. Y obedeceremos a Mabanga. Pero tú haz lo que te he dicho. Dile a Judah que nada va a ocurrirle a su lancha, que se la devolveremos; pero que si los diablos se la llevan soplando, le compraré una mejor que la que tiene ahora. Hazlo, Dedé.

—Sí, niña.

El espabilado negrito corrió hacia donde el hombrecillo, ya desesperado, casi gritaba. Judah vio a Dedé y en su rostro apareció una expresión de sobresalto. Dedé le hizo una seña, y Judah tras apartar de un manotazo al hombrecillo, fue a charlar con el niño. Le escuchó, negó, miró hacia Brigitte y Minello frunció el ceño, miró el dinero, volvió a mirar a Brigitte… De pronto, tomó el dinero, se lo metió en un bolsillo del cual sacó unas llaves que entregó a Dedé y se alejó hacia el interior de la ciudad.

Dedé regresó corriendo junto a Brigitte, mostrando las llaves.

—Yo sé dónde está su lancha —dijo.

—Pues vamos allá… ¿Cómo le has convencido?

—Le he dicho que si no nos dejaba su lancha Mabanga le haría un hechizo y le saldrían gusanos en los pies.

—¡Zambomba! —exclamó Minello—. ¡Le convertiría los pies en quesos de Roquefort! Y ya que hablamos de quesos: tengo hambre, Brigitte.

Ella ni siquiera contestó. Hizo una seña a Dedé, que comprendió y comenzó a caminar hacia donde Judah tenía su lancha… Con el rabillo del ojo, la divina espía miraba al hombrecillo, que a su vez, los miraba a ellos como clavado al suelo. Cuando, con súbita decisión, partió en su seguimiento, Brigitte no se sorprendió lo más mínimo.

—Perdonen —llamó su atención—. Son ustedes

norteamericanos, ¿verdad?

—Así es —le sonrió Brigitte—. Hicimos el viaje juntos desde San Juan a Fort de France. ¿No nos recuerda?

—Sí… Sí, a usted sí…

—¿Podemos servirle en algo?

—Minm… ¿Van a salir con la lancha?

—En efecto. Vamos a Antillanie. Está muy cerca, apenas siete u ocho millas.

—Sí… Lo sé… Bueno, no quisiera… Es que el transbordador no sale hasta dentro de tres horas y…

Brigitte pareció comprender de pronto y sonrió amabilísimamente.

—Si va usted a Antillanie y tiene prisa, con mucho gusto le llevaremos.

El rostro del hombre se iluminó, un profundo suspiro escapó de su escuálido pecho, al tiempo que exclamaba:

—¡Gracias, muchas gracias, señorita! —saltó a bordo con no poca torpeza y sonrió angustiado—. Son muy amables, no saben cómo les agradezco… Me llamo Stoll. Darwin Stoll.

—El niño se llama Dedé, mi amigo es Frank Minello. Yo me llamo Brigitte Montfort.

—Encant… ¿Montfort? —Respingó el hombre—. ¿La periodista? ¿La que…?

—Sí, sí.

—¡Ah…! Bien —el hombre parecía asustado—. Bueno… Sí, encantado, encantado…

—¿Se encuentra usted bien? —Le miraba atentamente ella.

—¡Oh, sí, sí!, de veras.

—Entonces, podemos partir ya. ¿Sólo tiene ese equipaje?

—Sólo, sí.

—Pues allá vamos. Frankie, ¿quieres conducir tú?

—¡De mil amores! —saltó Minello hacia los mandos—. ¡Soy el lobo de mar más experto de los mares tropicales! ¡Y navegar es tan hermoso…! ¡Qué bello es navegaaaaaarrrrrr…!

Capítulo III

En el embarcadero, apenas poner los pies en la hermosa isla de Antillanie, Darwin Stoll se despidió, repitiendo una y otra vez las gracias mientras se alejaba cargado con su maleta.

Brigitte atrajo con una seña al niño.

—Dedé, yo sé dónde vive Mabanga, así que voy a ir allá para…

—¡No, niña! ¡Mabanga dijo que no tenías que ir a su casa!

—¿Por qué no?

—No lo sé, pero lo dijo.

—Escucha, Dedé, vas a ir ahora detrás del señor Stoll. Él no tiene que verte, no tiene que darse cuenta, pero, tú sí tienes que saber adónde va y luego me lo dices. ¿Lo entiendes?

—Sí, niña.

—Pues corre tras él. Luego, ven a reunirte con nosotros en la casa de Mabanga.

—¡Pero Mabanga dijo…!

—Haz lo que te digo —sonrió Brigitte—. Y no temas nada: yo tengo tanta magia como Mabanga. ¡Corre!

Empujó al niño, que estaba atónito ante aquella terrible revelación de que la niña era, también, una bruja poderosa…

—¿Qué clase de magia tienes tú? —preguntó Minello.

Brigitte se tocó la cabeza.

—Toda la que se puede tener aquí dentro —rió—. Coge mi maleta, Frankie, nos instalaremos en la casa de Mabanga. ¿Qué pasa?

—Es que…

—¿Qué?

—Bueno… Si aquellos tipos querían matarte, es que algo está pasando, ¿no? Y si algo está pasando y ya han querido, matarte una vez, pues… quizá vuelvan a intentarlo.

—Eso es precisamente lo que pretendo —sonrió Brigitte.

—Vacaciones —exclamó Minello—. ¡Bah! ¡Tengo que estar loco de veras para creer que, contigo, se puede ir de vacaciones! ¿Cómo demonios te las arreglas para…?

—¡No hables de demonios! —Cruzó Brigitte dos deditos—. ¡Lagarto, lagarto, sangre de rana, sangre de sapo, haz que el diablo se duerma un buen rato!

Minello consiguió, tras algunos segundos de estupefacción, cerrar la boca. Luego se echó a reír.

—Una cosa es segura: contigo no es posible aburrirse. Abre la marcha, reina mía: tu paje te sigue con tu equipaje. ¡Toma…, me ha salido un verso!

Riendo los dos emprendieron el camino hacia la casa de Mabanga, sin entrar en la población que relucía al sol, blanca, cegadora su larga playa llena de palmeras. No había gaviotas, en efecto. Ni embarcaciones pequeñas en el mar. Grupos de negros parecían languidecer al sol, mirando pasar a Brigitte, como si Minello ni siquiera existiera. Pero adonde más miraban los negros era al cielo… Una mirada alerta, inquieta, expectante. Como si estuviesen esperando algo que no podían comprender, pero que podía aparecer en cualquier momento.

—Parecen asustados, ¿verdad? —murmuró Minello.

—Sí. Desde luego, había leído algo de estos pequeños huracanes, pero claro, no le di importancia…

—No entiendo muy bien qué quieres decir con eso de pequeños huracanes.

—Yo tampoco —parpadeó Brigitte—. Quizá podamos ver alguno.

—Lo seguro —zanjó Minello— es que no veremos ningún diablo.

—Qué extraño es todo esto…

—¿Está muy lejos la casa de Mabanga?

—No. Llegaremos en cinco minutos.

La casa de Mabanga distaba alrededor de medio kilómetro de la población y llegaron pocos minutos después, en efecto. Brigitte se detuvo en el final del camino, apenas un sendero entre árboles y arbustos. En el pequeño claro de la selva, la cabaña de Mabanga, con su techado de hojas de palma, sus ventanas siempre abiertas, su porche con flores, producía la impresión de un lugar alegre y tenebroso a la vez. No se oía nada. El silencio era total, denso, como

si incluso fuese capaz de convertirse en una masa que presionara en los oídos.

—Prefiero a tus amigos que viven en palacios —susurró Minello, mirando a todos lados.

—¡OEEHH! —gritó de pronto Brigitte.

Minello respingó. Y al mismo tiempo, en alguna parte comenzaron a oírse sonidos.

¡Beeeeeeeee! Co-ccococ-coc… ¡Joink, joink, joink…!

—¿Qué… qué demonios es eso? —gritó Minello.

—Cabras, gallinas y cerdos —sonrió Brigitte—. Vamos a echarles un vistazo.

Estaban en el corral de atrás. Las cabras a un lado, los cerdos a otro, las gallinas en un amplio corral del que podían salir a su antojo, pero, al parecer, estaban todas reunidas allí…

Coc-coc-coc-coc… ¡Joink! ¡Beeeeeeeeee…! Toc-toc, cayeron dos gotas de agua desde uno de los árboles hasta el techado del corral, también de hojas de palma. Minello miraba hacia la cabaña, pensativo.

—¡Zambomba! Y yo siempre digo que mi apartamento es una porquería…

¡Béeeeeeeeeee…!

Volvieron a la parte de delante, y subieron al porche lleno de flores. Había una mecedora a un lado.

COC-COC-COC-COC-COC…

—¡Kikirikiiii…! —contestó Minello.

Brigitte sonrió, prietos los labios y se asomó cautelosamente por la ventana. No había nadie dentro de la cabaña. Entró sin abandonar sus precauciones, todavía. Minello lo hizo detrás y en el acto gritó y dio un salto hacia atrás… Luego, se quedó mirando, fascinado, los tres cráneos de ser humano que pendían del techo en el centro de la cabaña. Estaban inmóviles, suspendidos por alambres. Uno de los cráneos ofrecía la parte de la nuca hacia Frank, pero los otros dos parecían capaces de mirarle con los negros huecos de sus ojos.

—Vaya… Al menos, éstos no necesitan cortarse el pelo —masculló Frankie.

—Parece que todo está en orden aquí —comentó.

—¡Je! ¡Ésta es buena! ¡En orden! Parece que estemos en «la Casa

de los Horrores»…

—Cada cual tiene su gusto en cuestiones de decoración, Frankie.

—Pues yo prefiero el estilo yanqui, la verdad. ¿Estás segura de que esa Mabanga vive aquí?

—¡Claro! Y por favor, no toques nada: podrías atraer sobre ti alguna maldición.

—¡Je, je! ¡No me hagas reír, que se me agitan los riñones!

—No toques nada, Frankie.

—Bueno, mujer, bueno…

Minello miró de reojo a Brigitte, que parecía dedicar toda su atención al suelo, en el centro de la cabaña. Y puesto que ella no le miraba, acercó una mano a una olla de barro, tapada, que estaba en una esquina de los fogones. Alzó la tapa, dispuesto a echar un vistazo a su contenido, pues realmente tenía apetito…

¡Fssss…!, salió silbando la culebra del interior de la olla. Minello lanzó un aullido y saltó hacia atrás, yendo a caer sentado muy cerca de Brigitte, pálido como un muerto. La culebra pasó muy cerca de sus pies, reptando velocísimamente hacia la puerta, silbando y desapareció en el exterior.

Frankie volvió la cabeza hacia Brigitte, desorbitados los ojos.

—Te lo advertí —sonrió la divina—: no toques nada, Frankie.

—Pe-pe-pe-pero… pero… ¿qué… qué es lo que come ésa… esa bruja…?

—¿Por qué preguntas eso?

—El… el bicho ése estaba… estaba dentro de una… de una olla…

—¡Ah! Bueno, sí, debió dejarse preparada la comida: estofado de culebra con sapos, escarabajos y murciélagos. Un plato exquisito, ¿no te parece?

—Me… me gustaría más con… con salsa de tomate…

Brigitte movió la cabeza, conciliadora.

—Vamos, Frankie, déjate de tonterías. Y ya lo sabes: no toques nada.

—El caso es —dijo Minello, poniéndose en pie— que tengo hambre, de veras.

—He visto fruta por aquí. Y si quieres leche, ve a ordeñar una de las cabras.

—¿Qué dices? —Se ofendió Minello—. ¡No estaría bien que

fuese a manosearle los pechos a una dama!

—Entonces —rió Brigitte—, tendrás que conformarte con fruta.

—Preferiría un par de huevos fritos con tocino, tostadas con mantequilla, mermelada y café.

—Bueno, podemos llamar a la cocina del Waldorf Astoria para que nos lo traigan.

Brigitte fue adonde había visto la fruta, cogió una banana y comenzó a mondarla, sin dejar de mirar alrededor. Sí, todo parecía en orden…, excepto aquella extraña mancha en el suelo, en el centro de la cabaña…

—¿Está buena? —preguntó Minello.

—¡Riquísima! —aseguró ella, con la boca llena de banana—. También hay piña y melón, si lo prefieres.

Minello optó por las bananas también.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Esperar.

—Esperar…, ¿qué?

—No lo sé. Pero esperaremos. Por lo menos, tenemos que hacerlo hasta que llegue la noche y Dedé nos lleve con su abuela.

—¿Por qué se habrá escondido?

—Cualquiera sabe. Aunque para asustar a Mabanga la cosa tiene que ser muy seria, Frankie, te lo aseguro.

—Quizá vio a los demonios que soplan… ¡Je, je!

—Quizá —musitó Brigitte.

—No sé si me he vuelto sordo o es que no se oye nada.

—No estás sordo.

—Este silencio no es normal.

—Tienes razón. Hasta las gallinas y las cabras parecen asustadas…

—¿Tú no?

—Yo no soy ni una gallina ni una cabra —rió Brigitte—. O eso creo.

—Pues yo debo ser una cabra —susurró Minello—. ¿Por qué no nos vamos de aquí, Brigitte?

—Puedes marcharte tú, si quieres.

—Reflexionaré sobre ello.

Brigitte le miró, de reojo y sonrió. De nuevo quedaron en silencio. Un minuto, dos, tres, diez…

—Parece como si…
—Ssst. Alguien se acerca.
—¿Cómo puedes…?
—¡Cállate!
Brigitte se puso en pie, sacó la pistolita, y se acercó a una de las ventanas, asomándose cautelosamente. Estuvo así unos segundos, y, de pronto, guardó la pistola.
—Es Dedé —dijo.
—Pero ¿cómo has podido oírlo? Yo no he oído nada, aún.
—Porque no prestas atención a lo que te rodea.
Dedé apareció en la cabaña segundos después, tan silenciosamente, que hizo respingar a Minello, pero no a Brigitte, que le esperaba junto a la puerta. El niño llegaba cegado por el sol, y se detuvo en el umbral, indeciso, sin ver nada.
—Niña —llamó—. Niñ…
—Estoy aquí, Dedé… —Le pasó Brigitte una mano por la cabeza —. ¿Has visto adónde ha ido aquel hombre?
—Está en La Felicité.
—¿En la felicidad? ¿Y eso qué es? ¿Un hotel?
—Sí… Es el mejor de todos.
—¿Hay hoteles en este lugar? —exclamó Minello—. ¡Pues vamos allá, qué demonios! ¿Cuál de los otros nos aconsejas?
—Le Soleil —dijo el niño.
—¡Toma, qué bien! ¡Hotel El Sol! Espero que sea tan bueno como el otro…
—No, no. Es muy sucio. Pero no hay más.
Minello lanzó un bufido, y volvió a sentarse.
—¿Qué has visto, exactamente, Dedé? —preguntó Brigitte.
—Pues he visto a ese hombre entrar en La Felicité.
—¿Y qué más?
—Nada más.
—¿No ha hablado con nadie?
—No, niña. Yo no he visto…
Brigitte puso una mano en la boca del niño, impidiéndole seguir hablando. Estuvo unos segundos inmóvil, contemplada por Dedé con los ojos muy abiertos, y por Minello con expresión de pasmo.
—Dedé… —Se inclinó más Brigitte hacia el niño, y hablando en susurros—. ¿Has venido solo, aquí? ¿O te ha acompañado alguno de

tus hermanos, o primos…?

El niño movió la cabeza negativamente. Brigitte lo llevó junto a Minello; le hizo sentarse, y se llevó un dedito a los labios. Luego, se acercó a una ventana lateral, y salió por ella, silenciosamente.

—¿Adónde va? —musitó Dedé.

—Oye, pregúntaselo a tu abuela, que es bruja. Yo sólo sé lo que me dicen… ¿Tú sabes ordeñar una cabra?

—¡Claro!

—¿Y te bebes la leche de ese animal?

—Es muy buena.

—¡Puag…! Eso es una porquería, hombre. La leche buena es la de vaca.

—¿Por qué?

Minello abrió la boca, y se quedó así, parpadeando. Curiosa pregunta, sí señor. El asunto requería serias reflexiones, no cabía duda… Al final, encontró la solución:

—Porque la vaca es más grande que la cabra.

Ahora le tocó el turno a Dedé de reflexionar, antes de preguntar:

—Entonces…, ¿la leche de buey es más buena que la de la vaca?

—¡Hombre…! —Respingó Minello.

—El buey es más grande que la vaca.

—Emmm… Pues… Esto… Eemmm… ¡Zambomba! ¡Tienes cada cosa, muchacho!

—¿El buey no es más grande que la vaca?

—Hombre, sí, pero…

Afuera, en el porche, se oyó un crujido. Minello se puso rápidamente en pie, y se quedó mirando hacia la puerta. Luego, miró alrededor, en busca de algo que pudiese servirle de arma. Vio el viejo cuchillo sobre los fogones, y comenzó a deslizarse hacia allí, sin dejar de mirar hacia la puerta… Lo cual tuvo resultados muy lógicos: tropezó con un taburete, se tambaleó, manoteando, y acabó por caer sentado.

—No se mueva —oyó, al tiempo que notaba la presencia de una sombra en la puerta.

Y Minello se quedó inmóvil, con las manos en la espinilla, mirando al hombre. Lo primero que vio fue el brillo de una pistola en su mano derecha. El hombre entró, dirigió una rápida mirada alrededor, y volvió a mirar a Minello.

—¿CIA? —preguntó.

Frank Minello miró su reloj de pulsera, y dijo:

—Las once menos diez.

—¿Qué dice? —exclamó el hombre.

—Me ha parecido que me preguntaba la hora que es… Sí, las once menos diez.

—¿Se las da de gracioso?

—A lo mejor me contrato como payaso de vuelo.

—¿Qué?

—Es por el chiste de la hormiguita y del elefantito, ¿comprende? Es de los buenos, aunque un tanto infantil. Verá: va un elefantito por la selva…

—Si no cierra esa tonta boca se la voy a llenar de balas… —Gruñó el hombre—. ¿Dónde está la mujer?

—¡Ah…! *Cherchez la femme…!* Buena idea, joven. A mí también me gustan las mujeres, se lo juro. Y de modo especial, la que tiene usted detrás…

El hombre comenzó a volverse. Su pistola fue desviada de un golpe de antebrazo, y simultáneamente recibió un directo no demasiado fuerte en el centro del pecho. Sin embargo, el hombre soltó la pistola y se quedó así, de pie, como petrificado.

—¡Dale fuerte! —aulló Minello, poniéndose en pie de un salto—. ¡Dale con la pistola, Brigitte, dale…!

Se calló de pronto, porque Brigitte, simplemente, acababa de empujar al desconocido, apoyando un dedito en su frente, y el hombre cayó hacia atrás como un poste, rígido, insensible a todo.

—¡Zambomba! —exclamó Minello—. ¿Qué le has hecho?

—Es sólo un atemi… Quítale los zapatos.

—¿Los…?

—Los zapatos.

—Sí. Sí, claro. ¡Zambomba, vaya golpe de karate…!

—No es exactamente eso, Frankie. Un golpe de karate es efectivo en cuanto a su potencia. El atemi no necesita tanta potencia, pero sí colocación. Hay que golpear en el punto exacto, y si consigues eso, no hace falta que te canses pegando muy fuerte. Claro que —sonrió—, si, además de pegar en el punto exacto, pegas fuerte, es más efectivo todavía. Busca unas cuerdas, ahora. Quiero que me empaquetes muy bien a este hombre.

—Sí, Reina de los Atemis.

La espía más peligrosa del mundo se sentó a su lado, encendió un cigarrillo, y abrió la billetera que le había quitado al desconocido. Luego, miró a éste, sonriendo amablemente.

—¿Qué tal, Basil Orohitian Spevenko? —saludó.

Capítulo IV

El ruso se quedó mirando fijamente a la hermosísima mujer de ojos azules. Fijamente y largamente, antes de susurrar:

—¿CIA?

—Sí.

—¿Baby?

—Quizá. Camarada Basil: ¿qué le ha traído por aquí?

—Un hombre. Se llama Darwin Stoll, y llegó esta mañana al aeropuerto de Fort de France procedente de San Juan de Puerto Rico. Se me había informado de su llegada, y tenía que seguirlo.

—Darwin Stoll. —Musitó Baby, en absoluto sorprendida—. ¿Qué ocurre, exactamente, con ese hombre? ¿Quién o qué es?

—No lo sé. De verdad. Sólo tenía que seguirlo, y saber dónde está para cuando lleguen mis camaradas. Le esperé en el aeropuerto, le seguí hasta Fort de France, y allá le vi subir a la lancha con ustedes. Conseguí, poco después, otra lancha, y me vine detrás… Cuando llegué aquí, pensé que ustedes podían haber ido a otra isla, pero entonces vi al niño —miró hacia Dedé—, y lo seguí.

—Entiendo. ¿Realmente ha venido solo?

—Sí. Pero dejé una indicación de que me dirigía hacia estas islas.

—¡Zambomba!… —dijo Minello—, ¡no nos podemos quejar de la locuacidad de este sujeto! ¡Se le entiende todo!

—Menos una cosa —deslizó Brigitte—. Si quería solamente saber dónde podía estar Darwin Stoll…, ¿porqué entró en la cabaña? Era más conveniente quedarse afuera vigilando, ¿no?

—Creí que se habían dado cuenta, y que podían haberse marchado por una ventana… Tenía que asegurarme. Y en todo caso, me habría bastado retener a Stoll y a esperar a mis camaradas: eso era menos malo que perder su pista.

—Muchacho, ¡qué pico de oro! —volvió a exclamar Minello,

atónito—. ¡Este tipo no puede ser un espía! ¡Habla demasiado!

—Es inteligente; eso es todo —sonrió Brigitte.

—Y sé con quién estoy tratando —sonrió, también, el ruso.

—Pero no sabe de qué estamos tratando —insistió ella.

—No. Estaba cumpliendo órdenes a ciegas.

—¿Cuántos camaradas tuyos van a venir, Basil?

—No lo sé. Depende de la importancia del asunto, pero le repito que no sé cuál es ese asunto.

Brigitte Montfort asintió, y estuvo un par de minutos fumando en silencio, pensativa. De pronto, miró al nieto de Mabanga.

—Dedé, vuelve allí, y vigila el lugar donde está el señor Stoll. Con mucho cuidado, bien escondido. Si él sale, vienes a decirme adónde ha ido. Si no sale en todo el tiempo, vienes a buscarme cuando sea la hora de ir a ver a tu abuela. No hables con nadie de todo esto. ¿Comprendes?

—Sí, niña.

—Ya puedes marcharte.

Dedé salió corriendo de la cabaña, y Brigitte volvió a quedar pensativa. Terminó el cigarrillo, abrió el maletín, y sacó la radio de bolsillo. Tenía la esperanza de que la CIA tuviese alguno de sus hombres a menos de cincuenta millas de allí. Por ejemplo, en la Martinica, que distaba apenas media docena de millas. Apretó el botón de llamada, estuvo esperando quince segundos, y cerró. Volvió a efectuar la llamada…

—¿Sí? —Brotó del pequeño aparato la voz de hombre.

—Buenos días, Simón.

La voz del hombre tardó bastantes segundos en volver a sonar, recelosa, indecisa:

—¿Baby?

—En efecto. Baby llamando a Simón-Caribe.

—No tenemos noticias respecto a su presencia aquí.

—Le voy a dar unos informes y unas instrucciones, que puede o no puede aceptar. Tengo en mi poder a un ruso llamado Basil Orchitian Spevenko, que me asegura que, dentro de poco, un grupo de camaradas suyos de la MVD van a llegar a la Martinica, y se dedicarán a localizarlo luego, por Antillanie e islas cercanas. Todos esos rusos están detrás de un ciudadano norteamericano llamado Darwin Stoll, que está actualmente en Antillanie. Estos son los

informes. Ahora, las instrucciones: vigilen a los rusos que vayan llegando, pero manténganse alejados de ellos salvo instrucciones mías en sentido contrario; en cuanto a Darwin Stoll, quiero que se comunique usted o quien pueda hacerlo, con la central, y pregunten allá quién o qué es el tal Stoll. Darwin Stoll, delgado, bajo, con gran cabellera gris, unos cincuenta años. No me llamen: yo llamaré cuando lo considere conveniente. Es todo. ¿Alguna pregunta?

—Sí —rió Simón—: ¿cuándo podré verla para entregarle las flores de bienvenida, Baby?

—Nos veremos, si es inevitable, cuando yo lo decida.

—¡Okay! Me pongo en marcha.

—¡Gracias, Simón!

Cerró la radio, y miró al ruso, que la contemplaba sonriente. Tan sonriente, que Minello se mosqueó.

—¿De qué se ríe este tipo? —masculló.

—A lo mejor se siente feliz por estar de vacaciones en el Caribe —dijo Brigitte.

—Es usted muy hermosa… —murmuró el ruso—. No comprendo cómo nunca la hemos podido identificar ni localizar siendo así… Es la antítesis del espía. ¿Qué piensa hacer conmigo?

—Matarle.

Por un instante, apareció en los ojos del ruso un destello de alarma. Luego, sonrió, y se quedó mirando fijamente a Brigitte.

—Este sujeto es más tonto que yo —aseguró Minello—: le dices que vas a matarlo, y se ríe.

Basil Spevenko le miró.

—En verdad que debe ser usted tonto —dijo—, si cree que ella va a matarme. No lo hará.

—¿No? ¿Qué se apuesta?

El ruso movió la cabeza, que era lo único que podía mover.

—No lo hará —dijo, de nuevo.

A las cinco de la tarde, ciertamente, Brigitte aún no lo había hecho. El ruso seguía tendido en el suelo, sólidamente atado, eso sí, pero vivo. Y además, había fumado varios cigarrillos que la propia Baby colocaba y retiraba de su boca…, lo cual le estaba ganando al ruso la antipatía de Frank Minello, ciertamente.

—¡Vaya, qué demonios…! ¡Ahora se pone a llover!

Brigitte lo miró. Luego, volvió a mirar hacia el cielo, que se iba

tornando más y más oscuro a cada segundo. Tan oscuro, que muy pronto pareció negro… Llegaban enormes nubarrones negrísimos, que parecían chocar con los anteriores.

—¡Pues vaya una porquería de clima tropical! —protestó Frankie.

De pronto, apareció el primer relámpago, rasgando las tinieblas como en un feroz hachazo de protesta. Una luz azul lívida lo iluminó todo, pareció llenar todo el cielo. Fue sólo un instante.

Luego, el viento comenzó a soplar.

—¡Vaya un temporal tonto…!

—Es un huracán, Frankie.

—¿Qué? —gritó él.

—¡Que es un huracán!

Minello quedó como petrificado, sin otra capacidad de reacción que la de parpadear. El agua chocaba, cada vez con más fuerza, contra ellos, entraba en la casa, arrancaba helechos y hojas de palma. Otro relámpago, terrible, perforó las tinieblas, y a su luz vieron la gran tromba de agua que, desde el mar, ascendía hacia el cielo… Minello quedó aterrado.

—¡Eso es un tifón! —gritó—. ¡Tenemos que ponernos a salvo, Brigitte!

Ésta y Minello habían salido de la cabaña para apreciar la intensidad del temporal.

—¡Saca al ruso! —gritó ella—. ¡Tenemos que buscar una cueva, o una hondonada!

Minello la soltó, y entró en la cabaña, que crujía, se movía, gemía… Un golpe de viento y de agua lo tiró hasta el fondo como si fuese un simple muñeco de paja, estrellándolo contra la pared, con tal fuerza, que casi perdió el conocimiento… Seguramente, fueron los gritos del ruso lo qué lo mantuvo despejado. Se puso en pie, tambaleante, buscando algo a qué agarrarse, y caminó, poco menos que a ciegas, envuelto en agua.

Tropezó, y cayó de rodillas sobre algo blando…

—¡Sáqueme de aquí! —Oyó el grito del ruso.

Tanteando, alcanzó las partes convenientes del cuerpo de Basil Spevenko, y se lo cargó en un hombro, corriendo en seguida hacia el porche. Brigitte era, allí, sólo una sombra clara… Otro relámpago destrozó las tinieblas, y Minello vio a Brigitte aferrada con ambas

manos a uno de los postes del porche.

—¡Agárrate a mí! —le gritó—. ¡El huracán no podrá con el peso de tres personas!

Le tendió una mano, sujetando con la otra al ruso, que gritaba cualquiera sabía qué. Brigitte se agarró a la mano de Minello, se soltó del poste…, y por un instante pareció que fuese a echarse a volar, arrastrando a Minello y al ruso.

El tirón fue tan fuerte que los tres rodaron por el porche, y luego fueron empujados fuera, rodando, envueltos en agua y barro, y en aquel viento terrible y negro…

—¡Brigitte! ¡Brigitte! —aullaba Minello—. ¡Brig…!

Notó la pequeña mano en la suya, y la retuvo fuertemente, tirando de ella. Vio confusamente el rostro de Brigitte, que abría y cerraba la boca, decía algo… Estaba gritando, pero no podía entenderla.

Capítulo V

Los vieron los dos a la vez, porque su aparición fue precedida de una llamarada.

Una larga lengua de fuego apareció, de pronto, de entre las tinieblas llenas de agua, y pareció estallar como una bola muy cerca de, ellos, chisporroteando al contacto con el agua…

Fue increíble y espantoso. El agua pareció saltar alrededor de la bola de fuego, alejarse, y el calor les llegó con tal fuerza, que ambos se apresuraron a retroceder, arrastrándose…

¡FFUUUUUMMMMMM…!, apareció otra lengua de fuego, a su derecha.

Y con esa iluminación, Brigitte y Frank pudieron ver a uno de los demonios, por delante de ellos. Un demonio gigantesco, negro, de rostro horrible y grandes ojos que parecían arder…, y de cuyo vientre brotó otra lengua de fuego, hacia ellos.

Había, por lo menos, tres, o cuatro, todos ellos negros, gigantescos. A la luz de las llamas que llegaban por detrás vieron sus rostros horrendos, rojos y blancos. Iban completamente desnudos, y gritaban, aullaban, gesticulaban ferozmente. Era una visión espeluznante, aterradora, espantosa. Aquellos gigantescos cuerpos negros con los rostros blancos y rojos, los ojos llenos de fuego, eran tan absolutamente pavorosos que Minello se detuvo, dispuesto a afrontar el fuego antes que a aquellos seres demoníacos…

Pero ya no tuvo tiempo de nada.

Los que llegaban por detrás cayeron sobre ellos, como una masa blanda y húmeda. Minello se sintió agarrado; le pareció que por miles de brazos, y, para su espanto y estupefacción, fue colocado a gatas, mientras unas manos se deslizaban por la parte posterior de su cuerpo. ¿Pero qué demonios pretendían…? Lanzó un berrido cuando lo comprendió y comenzó a debatirse como una fiera…

Recibió un tremendo golpe en los riñones que lo dejó paralizado de dolor… A poca distancia de él, vio a Brigitte. Es decir, creyó verla, bajo aquella masa de negros. Con el rostro hundido en el barro, Frankie Minello permanecía inmovilizado, comenzando a notar de nuevo aquella… humillante agresión por la espalda…

Más allá, Brigitte yacía de espaldas sobre el barro. Y sobre ella, uno de los demonios negros, presionando en busca de su objetivo, que evidentemente estaba dispuesto a conseguir fuese como fuese… Brigitte sintió que sus fuerzas se centuplicaban para oponer más resistencia. Una resistencia que parecía inútil.

—Hermosa blanca —oyó—. ¡Ven que te…!

El golpe de karate en la sien derribó, de lado, al negro de turno, y Brigitte volvió a rodar por el barro, ahora completamente desnuda, y consiguió ponerse en pie. Vio llegar a otro diablo, se inclinó ante él, el negro cayó gritando sobre sus hombros, y la espía se irguió, lanzándolo por encima suyo, en tremendo kata guruma de judo…

—¡FRANKKKIIIEEE…! —aulló Brigitte.

Al borde de la más terrible humillación física para un hombre, Frank Minello pareció explotar al oír el grito de su amada Brigitte. Como en uno de aquellos relámpagos, le pareció ver lo que le estaban haciendo a ella, esto le dio fuerzas para desasirse en el momento justo, y ponerse en pie, bramando terriblemente, y esquivando una lengua de fuego…

A la luz de otra lengua de fuego que casi alcanzó a Minello, éste vio a Brigitte en el aire, a más de dos metros de altura, con las piernas flexionadas, volando ayudada por el viento y el agua, hacia uno de los demonios…

—¡BRIGITTTTTTTEEEE…!

Una nueva llamarada empujó a Minello, que corrió hacia delante en ayuda de su amiga, sin pensar en nada más, porque habían aparecido más demonios negros de cuerpos relucientes, aullando, gesticulando sin parar…

Y, por encima de todo, aquel fragor de fuego, de lluvia, de truenos y relámpagos, de pronto, una risa que dejó helado a Frank Minello, tan bruscamente, que cayó de rodillas al detenerse.

—¡JAAA-JA-JAAAAA…!

Con el sonido de aquella risa demoníaca atronando sus oídos,

con la lengua de fuego por encima de él, Minello pudo ver todavía, antes de girar hacia un lado para esquivar aquel calor, la figura de Brigitte Montfort, como desnuda, de nuevo en el aire, con las piernas flexionadas, saltando hacia otro diablo, cuya cabeza pareció desaparecer en la oscuridad, al recibir de lleno el fortísimo talonazo.

Se puso en pie como pudo, esquivando otra llamarada, y entonces volvió a ver a Brigitte, de nuevo en el suelo, con las manos crispadas tendidas hacia delante. Y oyó perfectamente su voz, gritando más que nada ni nadie, más incluso que el huracán:

—¡Sakoi, Sakoi, Sakoi…!

—¡Sakoi, Sakoi, Sakoi…! —vociferó Minello, lanzándose, también, contra los demonios.

Chocó con algo, echó el puño derecho hacía atrás, y lanzó el más espantoso puñetazo que pudo conseguir como recuerdos de sus tiempos de boxeador. Algo crujió ante él, y vio una forma negra que salía disparada para desaparecer en la tromba de agua.

—¡Sakoi, Sakoi, Sakoi…! —siguió gritando, acercándose adonde había visto a Brigitte por última vez.

Volvió a chocar con algo, vio sobre su cabeza un brillo acerado, y la bajó, sin dejar de correr, hundiéndola en algo blando, para rebotar y caer de espaldas.

—¡Sakoi, Sakoi, Sakoi, Sakoi…! —Seguía oyendo.

Se sentó, y vio, ahora iluminada de lleno por una de las lenguas de fuego, a Brigitte, que corría hacia él, con las manos por delante, crispadas, los dedos como si fuesen garras… Brigitte saltó por encima de él, y Minello giró, aterrado, siguiendo su trayectoria…, y gritando angustiadamente cuando vio a Brigitte de nuevo en el aire, volando directamente hacia una de aquellas lenguas de fuego…

Una imagen que Frank Minello jamás en su vida habría de olvidar: la pierna derecha de Brigitte desapareció por detrás de la llamarada, que bruscamente apuntó hacia arriba, mientras ella caía más allá, y se revolvía.

—¡Sakoi, Sakoi, Sakoi…!

—¡Sakoi, Sakoi…! —gritó, también, Minello, corriendo de nuevo hacia Brigitte, mientras la llama que apuntaba al cielo desaparecía.

Minello saltó en el aire, como había visto hacer a Brigitte, hacia la otra lengua de fuego…, que también desapareció, de pronto, de

tal modo que la oscuridad lo envolvió, de modo tan inesperado que, en pleno vuelo, Frank Minello ya no supo qué hacer… Y fue a caer, sentado, en un charco de barro.

—¡Sakoi, Sakoi, Sak…!

—¡Frankie! —estalló la voz de Brigitte junto a su oído—. ¡Hay que correr!

Notó la mano de ella en su rostro. La asió fuertemente, se puso en pie, y echó a correr…

—¡No! ¡En dirección opuesta! —gritó Brigitte.

¡Boorrrrooouuummmmm!, crujió otro trueno.

Otro relámpago, y en seguida, el tirón de la mano de Brigitte, hacia la derecha. Minello pudo ver también el árbol de tronco enorme rodeado de peñascos, y comprendió. Llegaron allá zarandeados por el soplo de todos los demonios del huracán, y se tendieron detrás del grueso árbol y entre los peñascos, jadeando, estremecidos, sin soltarse las manos…

Durante diez minutos más, el huracán estuvo soplando con toda su fuerza, arrancando ramas, arbustos, pequeños árboles… La lluvia lo inundó todo, la oscuridad fue aterradora. En aquel hueco, Brigitte y Frankie se hallaban con el agua hasta el cuello, pero el grueso tronco del árbol resistía a toda la furia del huracán, protegiéndoles, impidiendo que fuesen arrancados de allí como simples ramas tronchadas…

Y luego, casi bruscamente, dejó de llover.

Un cuarto de hora después de que el huracán hubo empezado, parecía que no hubiese ocurrido nada. El sol volvió a brillar, el cielo volvió, a mostrarse azul diáfano, no quedó rastro de viento, ni de truenos ni relámpagos…

—Ya no hay peligro —susurró Minello.

—Vamos a ver qué queda de la cabaña de Mabanga —dijo Brigitte.

Emprendieron el regreso. El corto regreso, pues la cabaña estaba muy cerca. Pero antes de llegar a ella se encontraron con un espectáculo que hizo palidecer a Minello. Durante el día había comido más bananas, y hasta una piña. Pues bien: todo ello pareció agruparse en su garganta, con un sabor agrio y fuerte, al contemplar la cabeza del ruso Basil Spevenko. Sólo la cabeza. El cuerpo lo encontraron un poco más allá, sumergido en barro y en sangre.

Naturalmente el ruso no había podido hacer nada por defenderse. Simplemente, caído en el suelo, había sido decapitado. Simplemente.

—Creo… creo que voy… voy a vomitar —gimió Frankie.

Brigitte lo miró, y luego, no menos pálida que él, siguió caminando hacia los restos de la cabaña. Quedaban dos paredes, algunos enseres, y, como detalle macabro, de la gruesa viga central del techo seguían colgando los tres cráneos, oscilando, ahora. Los corrales habían desaparecido: ni cabras, ni gallinas, ni cerdos…

Y allí estaba el sol refulgente. Y el cielo, azul, límpido.

Era como si nada hubiera pasado.

Salvo que alrededor, todo eran ruinas mojadas, pedazos de paredes de troncos, cadáveres de gallinas y cerdos, cocoteros tronchados…

Brigitte se volvió, y vio a Minello de pie ante lo que quedaba de la cabaña, mirándola fijamente.

—No eran demonios, claro —musitó Minello.

—Claro que no. ¿Estás bien?

—Sí… —murmuró Minello, todavía incrédulo por haberlo conseguido—. Sí, estoy bien, pero querían… ¡No lo adivinarías!

Brigitte se limitó a sonreír levemente. Claro que lo adivinaría… Evidentemente, a los negros demonios les daba lo mismo una cosa que otra, y el pobre Frankie había pasado muy malos momentos… a los que, por supuesto, no estaba acostumbrado. Pero ella sí estaba acostumbrada a los malos momentos. Y se estremeció al recordar la enorme potencia de los dos negros que habían pretendido… iniciar lo que por fortuna no habían terminado.

—¿Y tú? —preguntó con voz temblorosa Minello—. ¿A ti te…?

—Tampoco lo consiguieron, Frankie.

Éste lanzó un profundo suspiro de alivio, y señaló lo que quedaba de la cabaña.

—Mabanga se ha quedado sin casa.

—Eso tiene fácil arreglo. Ayúdame a buscar mi maleta, para poder vestirme. Y busquemos, también, mi maletín… ¿Por qué me miras así?

—Si esos… esos diablos hubiesen conseguido… violarte, yo… yo me habría matado…

—No digas tonterías —respingó Brigitte—. Esas cosas sólo

tienen la importancia que uno quiera darles. De todos modos, no pudieron terminar nada, así que tranquilízate. Y busquemos mis cosas.

—¿Qué vamos a hacer con el ruso?

—Si queda algo adecuado para ello, lo empaquetaremos, para entregar el cadáver a sus camaradas. Busquemos.

La maleta de Brigitte había desaparecido, sin duda alguna enviada muy lejos de allí por el huracán. Pero encontraron una sábana empapada, con la que envolvieron el cadáver del ruso y lo dejaron sobre las tablas medio arrancadas del porche. Lo que sí apareció fue el maletín de Brigitte, y, en un rincón de la cabaña, apelotonado y empapado, un vestido muy ligero y simpático, con estampados de flores rojas y azules. Cuando Brigitte se lo puso, miró sonriente a Minello, que la contemplaba como hipnotizado. Las formas del espléndido cuerpo de la espía resaltaban mucho con aquel vestido, marcándose las caderas, el vientre, las puntas de los senos.

—Desde luego —sonrió Brigitte—, este vestido no es de Mabanga. Seguramente, debe ser de una de sus nietas.

—No sé cómo puedes soportar esta clase de vida —dijo Minello.

Brigitte no le contestó. Estaba ya intentando conseguir comunicación por medio de la radio de bolsillo, pero no lo conseguía. Evidentemente, algo se había estropeado en el pequeño aparato. En cambio, las ampollas de gas narcótico y mortal se conservaban intactas en sus estuches metalizados.

—Será mejor que vayamos a la ciudad a comprar algo de ropa… —dijo Brigitte, desistiendo, por el momento, de arreglar la pequeña radio—. Estoy helada.

—Ahí viene Dedé —señaló Frankie.

Dedé llegaba corriendo, chapoteando en el barro. Todavía estaba asustado, pero mucho menos que Minello, en absoluto acostumbrado a las peculiaridades del Caribe.

—Creí que estarían muertos —dijo, como saludo.

Brigitte sonrió, y señaló hacia Antillanie.

—Vamos a la ciudad, Dedé. Tenemos que comprar ropa… ¿Cómo están las cosas allí?

—El huracán ya ha pasado —encogió, los hombros, el niño.

La espía comprendió. Algo había empezado, algo había

terminado. La vida seguía.

—¿Y el señor Stoll?

—No ha salido del hotel, niña. Lo sé seguro, porque yo fui al hotel cuando empezó el huracán. El hotel es muy fuerte, y el huracán no puede con él.

—Muy bien. Vamos allá.

Capítulo VI

Efectivamente, el hotel La Felicité estaba en pie, sólidamente afincado en sus cimientos, pero alrededor de él había muchos destrozos. Se veían coches agrupados y abollados, algunas palmeras rotas, pequeñas casas sin tejado… En el embarcadero, fuera del agua, algunas lanchas, volcadas; habían sido lanzadas a tierra por la fuerza del huracán.

Pero los habitantes de la isla se tomaban las cosas con calma y filosofía. Los coches estaban siendo separados, y las lanchas eran botadas de nuevo al mar, los escombros estaban siendo retirados. Algo había empezado, algo había terminado…

Dedé les señaló dónde podrían comprar ropas, y a instancias de Brigitte, volvió a vigilar el hotel donde estaba Darwin Stoll.

Debían ser las siete de la tarde cuando Brigitte y Frankie estaban vestidos con nuevas ropas, y con otras de reserva en una maleta, también recién comprada. Minello llevaba, ahora, pantalones y camisa, nada más, aparte de unos zapatos bastos y sólidos, desde luego. Brigitte se cubría con una falda floreada y una blusa roja. El propietario del comercio aceptó encantado el pago en dólares, que proporcionó el mágico maletín de la divina espía.

—Estás muy exótica —sonrió Minello.

—¿Pero atractiva?

—¡Siempre! ¡Siempre, oh, Reina del Exotismo!

—¡Gracias! —rió ella—. Voy a ver si arreglo la radio… Mientras tanto, deberías darte una vuelta por el embarcadero: los rusos pueden llegar de un momento a otro, y conviene que lo sepamos.

—Bien… Brigitte: ¿por qué gritabas tanto aquella palabra…?

—¿Sakoi? Fue una defensa psicológica, Frankie.

—¿Una qué?

—Una defensa psicológica. Aquellos diablos gritaban mucho queriendo aterrorizarnos. Supongo que entre los gritos y el modo en

que les hicimos frente, aniquilamos su disposición mental para vencernos.

—Nunca te había visto… luchar así… —murmuró Minello—. No parecías la misma. Eras como… como una fiera que…

—Que lucha con fieras —sonrió ella—. Pero en realidad, eran sólo negros con los rostros pintados. Y dos de ellos portaban lanzallamas. Simples lanzallamas, Frankie. Lo qué me pregunto es por qué tenían que recurrir a tanto… teatro para matarnos. Seguramente, está relacionado con aquella risa que oímos.

—Creí que sólo la había oído yo. Era… demoníaca.

—¡Vamos, no digas tonterías, Frankie! Todo formaba parte del juego para predisponernos al terror, eso es todo. Negros con lanzallamas, que se asustaron más que nosotros en cuanto empezamos a gritar invocando a nuestros demonios.

—Siempre es una experiencia tratar contigo… —Movió la cabeza Minello—. Oye, ¿quiere decir algo, la palabra Sakoi?

—Sí, claro. Es una variante del Kiai, para que lo entiendas. El Kiai es un grito que brota directamente del vientre, liberando toda nuestra fuerza, dándonos valor, desconcertando al adversario. Sakoi puede querer decir, más o menos, algo así como «¡a la lucha por la victoria!», o «¡a por ellos!»… No sé la traducción exacta, pero es algo parecido. Y no hablemos más de esto, todo son cosas sin importancia, en el fondo… No el Kiai, desde luego: me refiero a esa pantomima de diablos atacando. Negros con lanzallamas, simplemente. Ahora, ve a vigilar la posible llegada de los rusos.

—El mar está todavía muy picado. No creo que se atrevan a navegar, por el momento.

—Seguramente tienes razón, pero ve a echar un vistazo. Me reuniré contigo, dentro de media hora, más o menos. A tiempo para que Dedé nos lleve con Mabanga.

—Está bien.

Brigitte consiguió reparar la radio, la guardó en su maletín y antes de cerrar ésta sonó una llamada. Pidió al dueño de la tienda que la dejase ir al lavabo.

Una vez a solas, admitió la llamada que antes había interrumpido.

—Adelante, Simón.

—¡Por el cielo! —aulló el agente de la CIA—. ¡Llevo más de una

hora llamándola…!

—Se me estropeó la radio. ¿Ha llegado ahí el huracán?

—¡Claro que ha llegado! ¿Está bien, Baby?

—Perfectamente. Le dije que le llamaría yo, Simón.

—Sí… Bueno, es que con esto del huracán, pues… temíamos que le hubiese ocurrido algo, y… Bueno, lo siento. Los rusos están aquí. No creo que tarden mucho en zarpar hacia Antillanie.

—Está previsto. ¿Ha conseguido ya informes sobre Darwin Stoll?

—Sí, sí… Es un científico nuclear de los nuestros.

—¿Un… científico nuclear? —musitó Brigitte—. ¿A qué se dedica, exactamente?

—Ha estado trabajando con un grupo de los nuestros, y unos cuantos rusos, en la fabricación de un aparato muy interesante, en Washington…

—Espere… ¿Quiere decir que un grupo de rusos y un grupo de norteamericanos han fabricado, trabajando en colaboración, un aparato relacionado con la ciencia nuclear?

—¡Sí, sí, exactamente! El aparato ha sido bautizado con el nombre de ION. Darwin Stoll ha sido uno de los más activos científicos, en su creación. Hace un par de días, Stoll pidió permiso para tomarse unas vacaciones, alegando cansancio. Naturalmente, le fueron concedidas.

—Y él se vino al Caribe… ¿Cuáles son las características de ese aparato llamado ION?

—Es un destructor de conflictos atmosféricos.

—Tendrá que explicarme eso mejor, si lo sabe —alzó las cejas Brigitte.

—Le diré lo que he entendido. Las comunicaciones estaban un poco mal, quizá debido a la incubación del huracán. Bueno, veamos… El ION es un aparato que emite unas largas ondas atómicas hacia donde es dirigido. Esas ondas atómicas actúan como disociadoras de moléculas eléctricas, de tal modo que enviadas hacia el centro de un huracán, tifón, y fenómenos parecidos, los… disuelve.

—¡Los disuelve!

—Sí. Disocia las moléculas eléctricas… ¿Cómo se lo explicaría? ¡Caramba!, es algo así como echar agua sobre la brasa de un cigarrillo, ¿comprende? Las ondas atómicas del ION llegan al núcleo

del huracán, y lo anulan, dispersan las cargas eléctricas… ¡Caramba, que disuelven el huracán, o el tifón, o lo que sea!

—Entiendo, entiendo… ¡Y me parece un invento excelente, Simón! Más que excelente… ¡Me parece admirable!

—A mí también. Tengo entendido que se está estudiando la posibilidad de ponerlo a prueba definitivamente, precisamente aprovechando esta racha de huracanes en el Caribe. Al parecer, un grupo de científicos nuestros y rusos van a ponerse en camino de un momento a otro hacia el Caribe, con el ION, en un barco especial.

—¡Santo cielo!; ¡no puedo creerlo! ¡Los rusos y nosotros unidos para conseguir algo bueno…! Está bien, Simón. Entendido todo. ¿Algo más?

—No… Bueno, quisiera saber si, en vista de que los rusos van hacia Antillanie, usted cree que nuestra presencia sería conveniente para apoyarla a usted.

—Pues… no. Por el momento, no. Pero permanezca atento a la radio, y tenga preparado un buen medio de transporte para trasladarse rápidamente a Antillanie si llegase a necesitar a mis niños.

—Okay… ¿Le parece bien un helicóptero?

—¡Me parece estupendo! —rió Brigitte—. ¡Adiós, Simón!

—No nos olvide.

—Nunca.

Cerró la radio, salió del lavabo, y poco después lo hacía de la tienda. Se reunió en el embarcadero con Minello, que parecía un turista desconcertado.

—No he visto a nadie que parezca ruso —dijo, en seguida.

—Sin embargo, no tardarán en llegar. He conseguido reparar la radio, y Simón me ha contado cosas muy interesantes…

Cuando terminó de explicarle a Minello su conversación con Simón, Frankie se rascó la coronilla, pensativo.

—Entonces, Darwin Stoll quizá ha venido como una avanzada de esa expedición científica que viene hacia el Caribe con el aparatito ése, ¿no te parece?

—No. Ha venido por su cuenta. ¿Olvidas que pidió vacaciones, alegando cansancio?

—Claro… ¡Demonios!; ¿qué hace aquí ese tipo, entonces?

—Vamos a preguntárselo.

—¿Ahora?

—Sí. Antes de que lleguen los rusos.

—¿Y para qué deben estar siguiéndole los rusos?

Brigitte estuvo pensativa unos segundos, antes de asentir con la cabeza.

—Buena pregunta, Frankie. Se la formularemos a Stoll.

—¿Y si no quiere contestarla?

—Esa pregunta ya no es buena —rió Brigitte—. Ya verás como el señor Stoll contestará a todo lo que yo le pregunte.

—Y si se pone tonto —sonrió Minello, de oreja a oreja—, le gritaré: ¡Sakoi, Sakoi, Sakoi…!

Brigitte se tomó del brazo de Minello, riendo, y se dirigieron hacia el hotel La Felicité, que estaba en la avenida de la costa, muy cerca del embarcadero. Desde allí mismo se veía. Estaban ya muy cerca del hotel cuando, por detrás de uno de los coches que habían soportado el huracán, vieron aparecer la redonda y pelada cabeza de Dedé, mirándoles con ojos muy abiertos. Brigitte le tiró un beso con la mano, y luego le hizo señas de que permaneciese allí.

—Ya sé por qué todo el mundo te quiere —dijo Minello—: porque tratas a todos como si los quisieras… Como si quisieras a todo el mundo.

—Quiero a todo el mundo, Frankie. No hay más truco que ése.

Entraron en el hotel, y preguntaron por Stoll. Ocupaba la habitación 23, en el segundo piso. Poco después, Brigitte llamaba a aquella puerta.

—¿Quién es? —Oyeron, cuando ya creían que Stoll no estaba allí.

—Señor Stoll, soy Brigitte Montfort. ¿Puede recibirme, por favor?

La puerta se abrió, y Stoll quedó visible. Miró de uno a otra rápidamente… Parecía un conejo acorralado. Estaba pálido, demudado, tan nervioso, que en modo alguno podía ocultarlo.

—¿Qué… qué desean, señorita Montfort?

La divina espía le puso un dedito en el pecho, y empujó. Entraron en la habitación, y Minello cerró la puerta, quedando apoyado de espaldas en ella. Brigitte echó un rápido vistazo por la habitación, y luego clavó su azul mirada en el hombrecillo.

—Señor Stoll, los rusos que están tras usted van a llegar de un

momento a otro. Están en Fort de France; desde luego han conseguido una lancha, y zarparán hacia Antillanie en cualquier momento.

Darwin Stoll palideció aún más, emitiendo un gritito de susto. Era la viva imagen del animalito acorralado, sin la menor duda.

—No… no sé lo que quiere… decir… —tartamudeó.

—Vamos, no sea infantil, señor Stoll. Sé todo lo referente a usted, la máquina llamada ION, a sus vacaciones en el Caribe, pedidas para descansar… Lo sé todo…, excepto los verdaderos motivos de su viaje a esta isla.

—Estaba cansado, y decidí tomarme unas vacaciones que…

—Muy bien. Si ésa es su actitud, de acuerdo. Pero escuche bien esto: los rusos están detrás de usted, cosa que sabe perfectamente, y que es, precisamente, lo que le ha tenido tan nervioso durante el viaje en avión y en todo momento. Conozco a los rusos muy bien, señor Stoll, así que voy a definirle su situación: si no tiene nada que temer de ellos, me alegro por usted; pero, si hay algo que usted haya hecho que no les ha gustado a los rusos, mi ayuda va a serle imprescindible para conservar la vida. ¿Lo ha entendido?

—¡Dios mío…!

—Veo que sí lo ha entendido. ¿Y bien?

Darwin Stoll se dejó caer en una silla, y apoyó los codos en las rodillas, ocultando el rostro con las manos. Estuvo así unos segundos, contemplado en silencio por Brigitte y Frankie… De pronto, alzó la cabeza, y dijo, con voz crispada:

—Yo robé los planos de la ION, y los entregué a… a unos amigos. Supongo que los científicos rusos estarían vigilados por nuestro servicio secreto, y que nosotros estábamos bajo el control de los agentes rusos. Debieron darse cuenta de algo; quizá me vieron enviando los planos… No sé. Lo que sí sé es que por eso quieren matarme.

Baby ladeó la cabeza, y entornó los ojos.

—¿De modo que robó usted los planos para la fabricación de la ION?

—Sí… —Tragó saliva Stoll—. Sí, eso hice.

—¿Para qué? ¿Qué espera conseguir con eso?

—Pues… dinero. Había… pensado que podría vender los planos, o un prototipo de la ION, a otros países…

Brigitte le miraba, ahora, estupefacta.

—¿Está loco? —susurró—. Nadie le pagaría un centavo por esa patente, señor Stoll… Por la sencilla razón de que un invento de esa clase sería cedido por Rusia y Estados Unidos a todos los países del mundo, gratuitamente. Bien está que se guarden los secretos de la bomba atómica, pongo por ejemplo, pero no los de un aparato como la ION, cuya utilidad para toda la humanidad es evidente. La ION será tan beneficiosa para todo el mundo como la penicilina, la cirugía moderna, los aparatos que pueden decirnos cómo se mueve nuestro corazón, o qué le pasa a nuestro cerebro… ¡No diga tonterías! Y desde luego, no creo que, por una cosa así, los rusos quieran matarlo, de modo que no se preocupe en lo que respecta a su vida… De todos modos, hay que recuperar esos planos, y regresarlos a Washington. ¿Sus amigos están aquí, en Antillanie?

—Sí, en… en una casa, isla adentro. Tienen teléfono, así que les he estado llamando, pero no contestan… Estaba esperando que fuese de noche para ir allá, a ver qué pasa, por qué no contestan… Deberían estar allí, puesto que disolvieron el huracán cuando quisieron.

—¿Quiere decir que el huracán que hemos sufrido hace un par de horas fue… disuelto por sus amigos, utilizando la ION?

—Sí… Con toda seguridad.

—Entonces, eso significa que han conseguido construir un modelo… ¡Y que funciona!

—Sí… Sí, así es. Funciona perfectamente, ya lo han visto… Y pensábamos ganar mucho dinero con él.

—¡Fantástico! —sonrió Brigitte, no poco desconcertada—. Usted no es más que un ladronzuelo, señor Stoll. Pero, en fin, eso no es cosa mía. Lo que sí es cosa mía, ya que estoy aquí, es recuperar esos planos y el aparato que han construido con ellos y devolverlos a Washington. De ninguna manera permitiré que usted, ni nadie, se haga rico comerciando con un aparato al que tiene derecho toda la humanidad. Lo siento.

—Ya… ya no me preocupa eso. Pero los rusos…

—Deje a los rusos de mi cuenta. Es más: si todo lo que les ha hecho usted ha sido eso, no debe temer por su vida. Seguramente ellos quieren lo mismo que yo ahora: recuperar la ION y los planos. Ahora vendrá con nosotros, señor Stoll.

—¿Adónde? —Respingó el hombrecillo.

Brigitte reflexionó brevemente. Desde luego, si ella, se llevaba a Stoll, los rusos no podrían hacer nada. Se tendrían que quedar en el embarcadero, esperando en vano la llegada de su camarada Basil Spevenko para que les informase. Con lo cual, la prisa por ir a arrebatarles la ION y sus planos a los amigos de Darvirin Stoll, no tenía objeto.

—Pronto anochecerá —dijo—. Iremos a ver a una amiga mía. Y luego iremos a ver a los amigos de usted…

—Si los diablos lo permiten —intervino Minello—. Según parece, te estás olvidando de ellos.

—¿Qué… qué dice? —Respingó Stoll—. ¿De qué diablos está usted hablando?

—Son bromas de mi amigo —sonrío Brigitte—. Nos atacaron unos cuantos negros que, seguramente, querían robarnos, pero fue en el momento en que soplaba con más fuerza el huracán y el señor Minello se asustó más de la cuenta. ¿Verdad que sí, Frankie?

La mirada de Brigitte era fija, muy fija. Y Frank Minello, tras parpadear, asintió con media sonrisita.

—Sí, claro… Me asusté mucho, eso es todo. Lo cierto es que la oscuridad nunca me ha gustado…

Capítulo VII

La oscuridad era total allí. Habían llegado siguiendo a Dedé, quien finalmente ya muy hacia el interior de la isla, salió del estrecho sendero y se metió entre los matorrales. Como quiera que había luna llena, el paseo resultaba fácil, a campo traviesa, ascendiendo la suave ladera de la montaña.

Pero en cuanto entraron en aquella gruta la cosa cambió. En una oscuridad total, húmeda, fría, Brigitte y sus acompañantes tenían que seguir a Dedé, que tiraba de una mano de la divina espía, la cual tiraba de Minello y éste a su vez de Stoll.

¡Hulúuuuu-hulúuuuu!, se oyó de pronto.

Minello dio un salto, lanzando una exclamación, pero Brigitte le retuvo fuertemente por la mano.

—Tranquilízate: es Dedé, imitando el canto del búho: le dice a Mabanga que todo va bien…

¡IHülúuuuu-hulúuuuu!, oyeron más hacia el fondo de la gruta.

—Mabanga nos espera —dijo Dedé.

—¡Pues dile a Mabanga que encienda una luz de una maldita vez! —mascullló Minello—. Oye, Brigitte, ¿no tienes tu una linterna pequeña que…?

—Se estropeó.

Caminaron un poco más, hasta que apareció ante ellos, de pronto, una pequeña llamarada. Minello y Stoll respingaron a la vez…, y volvieron a respingar cuando iluminada por aquella pequeña llama vieron el redondo y enorme rostro, reluciente de una mujer negra, de labios gruesos y boca muy grande. La súbita aparición era terrible, pero Brigitte, soltando la mano de Minello acudió a su encuentro.

—Querida Mabanga —saludó con voz riente—. ¡Me alegro mucho de ver tu cabeza! ¿Has perdido el cuerpo?

—Seas bienvenida; niña… Mabanga se alegra mucho de volver a

verte. Pero lamenta que hayas hecho el viaje con un hombre tonto. Supongo que…

—¡Hey! —Se adelantó Minello—, ¿por quién va eso de tonto, señora? Sepa que… ¡Mi madre! —aulló de pronto Frankie—. ¡Se le está quemando el dedo a la bruja, Brigitte!

La espía miró sonriente la llamita, que, en efecto, parecía brotar del grueso dedo índice de la mano izquierda, de Mabanga, extendido, como si fuese una pequeña antorcha.

—Lo veo perfectamente, Frankie.

—¡Pero… se va a quemar, se va a abrasar viva! ¡Tenemos que ayudarla para que no…!

Minello parecía dispuesto a abalanzarse hacia Mabanga, pero Brigitte le retuvo con un brazo, impidiéndoselo.

—Mabanga sabe arreglárselas sola, Frankie. No te preocupes por ella… ¿Verdad, Mabanga?

A la luz del dedo-antorcha, apareció una antorcha auténtica. Mabanga acercó su dedo llameante, prendiéndola. Luego sopló en el dedo y la llamita se apagó, quedando todos mucho mejor iluminados por la antorcha grande.

—¡Zambomba! —gritó. Minello—. ¡Zambomba y rezambomba y rezambomba mil veces…!

—Es tonto —dijo Mabanga—, pero parece un ser de buenos sentimientos. ¿Tú le quieres?

—Mucho —rió Brigitte.

—Entonces, yo haré que su inteligencia aumente. Mabanga ayudará al tonto a ser menos tonto. Pero supongo que él no es el padre de tus cuatro hijos.

—No —volvió a reír Brigitte—. Sobre todo, porque no tengo cuatro hijos, Mabanga.

—Los tendrás… El día se acerca. Pronto tendrás hijos.

—Pero no los cuatro a la vez, espero.

—No. Primero dos a la vez. Luego, uno. Después, otra niña.

—¿Quieres decir que primero… tendré gemelos?

—Sí. Un niño y una niña. Mabanga lo sabe.

—Mabanga, ¿por qué me has llamado? —musitó.

—Hablaremos. Te llamé a ti porque sabía que los diablos no podrían vencerte. Quiero que mates a los diablos, niña; que no soplen más en el Caribe. ¿Lo harás?

—Te ayudaré —matizó Brigitte—. Pero no sé cómo matar algo que no existe, Mabanga. Nos atacaron a mi amigo Frankie y a mí, pero te aseguro que no eran diablos, sino hombres de tu raza.

Frank Minello estaba mirando, pasmado, la increíble gordura de Mabanga, a la que ahora veía perfectamente. Eran tan enorme, que resultaba milagroso que su cuerpo tuviese una forma determinada. La vio mover la cabeza negativamente.

—No, niña, no hablo de esos diablos… Hablo de los verdaderos, de los que soplan en el Caribe. Niña, hay un hombre malo contigo… ¿Quién es él?

—Se llama Darwin Stoll. No es malo, Mabanga. Es… un, pobre ladronzuelo ambicioso.

—Es malo —volvió a mover la cabeza Mabanga, fija su terrible mirada reluciente en el asustado Stoll—. Es muy malo, niña. No confíes en él.

—Vámonos de aquí —tembló la voz de Stoll—. ¡No quiero permanecer en este lugar ni un segundo más!

—¡Cálmese, señor Stoll! —pidió Brigitte—. Saldremos de aquí, pero no antes de qué yo haya hablado con Mabanga.

—¡Usted puede hablar con ella cuanto quiera, pero yo no deseo tratos con una bruja…! ¡No se acerque! —gritó.

Pero Mabanga había desplazado ya su enorme corpachón y movió su mano derecha hacia Stoll, con la antorcha. Por un instante pareció que ésta fuese a apagarse, pero de pronto, la llama brotó más alta, de color azul. Luego Mabanga puso la antorcha en manos de Dedé y señaló al aterrado Stoll con ambas manos.

—Vas a morir —dijo—. ¡Vas a morir pronto, de un modo horrible! ¡Espíritus negros del mal, apoderaos de este hombre, convertidlo en cenizas para la eternidad, haced con su cuerpo…!

—Ya está bien, Mabanga. Hablemos tú y yo.

—Él es malo, niña… ¡Guárdate de ese hombre!

—Está bien. De acuerdo; Frankie lo va a vigilar. Ahora hablemos. Dime por qué estás escondida.

—Siéntate, niña. ¡Qué hermosa estás, qué hermosa…! Tu hombre te ama mucho… Pero está solo… Siempre está solo y muy triste, siempre pensando en ti… No debes dejarlo solo tanto tiempo, debes tener sus hijos muy pronto… ¡Él te ama tanto que se está muriendo de pena, niña!

Brigitte tragó saliva y se pasó la lengua por los labios. Luego, sin haber dicho una sola palabra, se sentó sobre la piel de cabra que le había señalado Mabanga, extendida en el suelo. Se quedó inmóvil, con la cabeza caída sobre el pecho, pensando en Número Uno…

—Él también está pensando en ti, ahora —dijo Mabanga, tras sentarse frente a ella.

Brigitte palideció ligeramente.

—Mabanga —susurró—, háblame de esos demonios.

—Sí… Están en el Caribe, dentro de los huracanes y cada día son más fuertes. Los demonios recogen las tormentas muy adentro del mar y entonces soplan y las envían con odio hacia las personas. Diomedes me lo dijo y yo lo sabía ya…

—¿Quién es Diomedes?

—Él era bueno. Él te escribió la carta. Vino a verme y me dijo que se había escapado de junto a los demonios. Quería que yo lo escondiese y destruyese a los demonios. Lo tuve escondido en mi casa, unos días, y quise, mientras tanto, destruir a los demonios, pero no pude. Su poder es mayor que el mío. Entonces, niña, pensé en ti, que siempre has sido más fuerte que los demonios y que cualquier otro ser que yo haya conocido. Le dije a Diomedes que te escribiese para que vinieses. Luego, yo misma fui al poblado para echar la carta en Correos y Diomedes se quedó en mi casa, escondido. Cuando volví, Diomedes era sólo cenizas: los diablos lo habían encontrado y lo habían abrasado. Diomedes…

—Espera un momento. ¿Lo quemaron dentro de tu cabaña? Entonces ésa debía ser la mancha oscura que vi en el suelo, en el centro de la cabaña… ¿Era eso? ¿Él estaba allí, quemado?

—Convertido en cenizas. Yo las limpié y las tiré al viento y luego me fui de allí, porque quería estar viva cuando tú llegases. Dedé fue a buscarte.

—Te diré lo que pasó, Mabanga… Alguien atacó a Diomedes cuando tú no estabas. Pero no eran demonios, sino hombres que llevaban un lanzallamas. ¿Sabes lo que es eso?

—Los demonios lanzan llamas.

—Mabanga, un lanzallamas es un… maldito invento de los hombres, utilizado en la guerra. A mí me atacaron unos hombres cuando llegué en el avión y luego, hace poco, me han atacado otros hombres. Todos negros. Todos hombres, no demonios. Sí, te diré lo

que pasó: a Diomedes le obligaron a decir adonde habías ido y supieron que una mujer blanca llegaría en avión y que tú habías dicho que yo podría vencerlos. Por eso quisieron matarme en cuanto llegué, sabían mi nombre porque Diomedes se lo dijo… Luego quisieron quemarme durante el huracán, para que todos tuviesen miedo a los diablos. Pero ellos no son diablos y además, también tienen miedo… Miedo de ti, Mabanga, porque esos hombres saben que eres una bruja poderosa. Por eso no te atacaron a ti, porque te tenían mucho miedo. Pero a Diomedes sí lo atacaron, porque a él no le tenían miedo. Luego escaparon antes de que tú pudieses verlos… Ni siquiera tenías necesidad de esconderte, porque ellos te temen más a ti que tú a ellos. Son hombres nada más, Mabanga.

—Pero Diomedes dijo que los diablos estaban dentro del huracán, soplando…

—No existen los diablos. Sólo hombres… Diomedes te debió hablar de algunos hombres, ¿verdad? ¿Qué hombres eran ésos y dónde están?

—Diomedes habló de unos hombres que manejaban a los demonios…

—¿Hombres manejando demonios? —sonrió, disipadamente la espía—. Vamos, Mabanga, vamos…

—Ellos daban órdenes a los demonios para que se metiesen dentro de los huracanes y los trajeran aquí y a otros sitios. Les daban órdenes con una máquina de comunicación que…

—Mabanga: ¿Diomedes te habló de una máquina?

—Sí. La máquina de los demonios. La apuntaban al cielo y entonces llegaba el huracán.

—No, no, no, Mabanga… No. Es todo lo contrario según yo tengo entendido. Primero, aparece el huracán y entonces esos hombres disparan al huracán con una máquina llamada ION y lo destruyen. ¿Te das cuenta? Es al revés: primero el huracán. Luego la máquina ION destruye el huracán. Y esos hombres de que habló Diomedes deben ser los amigos del señor Stoll. Son unos ladronzuelos, pero nada más. Ni demonios ni nada parecido. ¿Lo entiendes?

—¡Sí! —asintió Mabanga, pensativa—. Pero Diomedes me habló de los demonios que esos hombres invocaban con la máquina. Y yo

sabía que así tenía que ser, porque los huracanes no tenían que estar en el cielo ni en la tierra.

—Bien… Sé que ésta no es época muy propicia para huracanes, pero lo cierto es que los hay y que esos hombres los destruyen con una máquina que han robado. Yo iré ahora con el señor Stoll a ver a esos hombres, les quitaré la máquina, nos los llevaremos a Estados Unidos. Pero ya verás cómo seguirán apareciendo huracanes, determinados por algún cambio atmosférico poco frecuente en el Caribe. Eso es todo, Mabanga.

La negra permaneció inmóvil y silenciosa durante casi dos minutos, muy, muy pensativa. Por fin, volvió a mover negativamente su cabeza.

—No, niña. No. Hay diablos que soplan haciendo venir los huracanes. Yo sé eso, yo conozco el Caribe. Hay diablos que están soplando.

Brigitte movió la cabeza y luego miró a Stoll. Le hizo una seña y el hombrecillo, empujado por Minello, fue a sentarse cerca de Brigitte…, y lo más lejos posible de Mabanga.

—Le voy a decir lo que ha pasado, señor Stoll: los hombres de los que Diomedes habló a Mabanga, son los amigos de usted. Diomedes trabajaba para ellos en algún modo y algo debió asustarlo; quizá la máquina ION, ya sabe que los negros son muy supersticiosos en el Caribe. Y muy impresionables. Así que Diomedes optó por alejarse de aquel lugar, de aquella máquina. Los amigos de usted se dieron cuenta y como no podían permitir que Diomedes fuese contando lo que había visto, enviaron a los demás negros a matarlo… Lo encontraron, por fin, en la cabaña de Mabanga y avisaron a sus amigos de que estaba allí, pero no se atrevían a entrar en la casa de Mabanga. Entonces, sus amigos decidieron asustar a Mabanga y fueron en busca de Diomedes con un lanzallamas… Sabían que Diomedes consideraba todo aquello como cosa del diablo, así que quisieron impresionar a Mabanga. Obligaron a los negros a pintarse el rostro y puesto que cuando llegaron Mabanga no estaba, consiguieron envalentonarlos para que fuesen a quemar a Diomedes. Y antes de quemarlo, le obligaron a decir lo que él le había dicho a Mabanga, y lo que Mabanga había decidido al respecto. Cuando ya sabían lo que querían, abrasaron a Diomedes con el lanzallamas y se fueron. Los negros no querían

saber nada de atacar a Mabanga, pero sí a la mujer que iba a llegar de Estados Unidos llamada por Mabanga… Y como era evidente el gran miedo que los negros sentían por Mabanga, los amigos de usted insistieron en hacer cosas que la asustasen. Primero, quisieron llevarme en un coche a algún lugar en el cual me habrían abrasado con un lanzallamas y luego habrían llevado mi cuerpo carbonizado a la cabaña de Mabanga, y así, al no ocurrirles nada a los negros que lo hubiesen hecho, ellos perderían el temor a Mabanga, y finalmente, perdido ese temor, irían a matarla, que es lo que los amigos de usted querían. Pero les salió mal el primer intento, así que… volvieron a la carga durante el huracán, de nuevo dispuestos a quemarme… Eso es lo que ha pasado, señor Stoll. Sus amigos mataron a Diomedes para que no hablase de la ION con nadie. Pero ya había hablado con Mabanga y ésta me había escrito. Entonces, había que matarme a mí y a Mabanga, en cuanto los negros le perdiesen el miedo y la encontrasen. Eso es lo que han hecho sus amigos, señor Stoll, para impedir que se sepa que ellos tienen una máquina relacionada con los huracanes: han llegado al asesinato…, y no parece que se hayan detenido ante la idea de cometer más asesinatos. Y ahora le pregunto: ¿qué clase de amigos tiene usted? ¿A quién le facilitó los planos de la ION para que construyesen la máquina? Y finalmente: ¿dónde están, exactamente?

—Ellos… ellos no han podido hacer todo eso que…

—Lo han hecho. Usted puede que sea un infeliz ladronzuelo dominado por la codicia, pero sus amigos son mucho más peligrosos… Así que vamos a ir a por ellos, ahora.

Darwin Stoll bajó la cabeza.

—Lo siento —susurró—. Lo siento de veras. Jamás pensé que todo esto pudiese ocurrir. Yo sólo quería dinero…

—No creo que haya más que hablar —dijo, fríamente Brigitte—. Vamos allá, simplemente. ¿Cuántos son?

—Tres…

—¿Sus nombres?

—John Caldwell, Ernest Moos y Randolph Stimson… Están en una casa casi en el centro de la isla. Quiero decir que deben estar allí, pero ya le dije antes que no contestaban al teléfono…

—Una avería telefónica es muy fácil, teniendo en cuenta los frecuentes huracanes de estos días en el Caribe. Iremos allá; Y,

señor Stoll, será mejor que no haga usted ninguna tontería, porque empiezo a pensar que quizá Mabanga tenga razón, y usted sea tan criminal como sus amigos.

—No, no —gimió Stoll—. Ya le he dicho que sólo quería dinero y pensé que con la ION podría…

—Está bien. Frankie, no lo pierdas de vista, pase lo que pase.

—Descuida —masculló Minello—. ¡Pues vaya con el hombrecito! Intente algo, y cascaré su cabeza como si fuese una nuez. ¿Qué haces ahora, Brigitte?

La espía había llamado por la radio y en cuanto obtuvo respuesta, comenzó a explicar la situación:

—Atienda bien, Simón: hay en Antillanie tres hombres llamados John Caldwell, Ernest Moos y Randolph Stimson que, en complicidad con Darwin Stoll, se han apoderado de una copia de los planos de la ION. Sus intenciones…

Los demás permanecieron en silencio mientras Brigitte ponía a Simón al corriente de todo. Por fin, se oyó la voz de éste:

—De acuerdo. Nos ocuparemos de ellos si usted falla. Pero sería mejor que nosotros fuésemos con usted para…

—No. Lo haré sola.

—Bien… Bueno, sepa que los rusos ya han zarpado hacia ahí. Seguramente están llegando.

—Los evitaremos, porque si se enteran de que la muerte de su compañero ha sido ocasionada por los amigos de Stoll y sus compinches negros con aspecto de demonios, les cortarían la cabeza a todos. Hasta luego, Simón.

Cerró la radio, se puso en pie y señaló hacia la salida de la gruta.

—No tenemos armas —recordó Frankie—. ¿Cómo vamos a ir a buscar a esos hombres sin armas, Brigitte?

—Tengo armas suficientes todavía para pararles los pies a enemigos mucho más peligrosos que unos cuantos asesinos ambiciosos, Frankie. Usted, señor Stoll: ¿qué está esperando?

Stoll se puso en pie, lentamente, abatido y derrotado, además de asustado. Mabanga se acercó a Brigitte con los ojos muy abiertos.

—¿Tengo que ir contigo, niña?

—No —sonrió la espía—. No es necesario, Mabanga. No tienes por qué luchar, ni por qué enfrentarte a los diablos.

—Niña, te aseguro que hay diablos que soplan en…

—Dedé se quedará contigo —sonrió Brigitte—. ¿Dónde están los demás miembros de tu numerosa familia?

—Escondidos por otras partes de la isla. ¿De verdad no tengo que ir contigo?

—De verdad. Si nos dejas la antorcha, Dedé nos guiará a la salida de esta gruta. Volveremos a por ti cuando todo haya terminado.

—Tú sabes que Mabanga es una bruja poderosa, niña, pero hay demonios que son mucho más poderosos…

—No salgas de aquí hasta que yo te avise —advirtió—. No tenemos ninguna necesidad de arriesgarte: sabes demasiado —volvió a reír.

Dedé tenía ya la antorcha en la mano. Minello empujó a Stoll y se dirigieron hacia la salida de la gruta. Detrás de ellos, a oscuras, quedó Mabanga, murmurando exorcismos con voz gutural. Al volverse, Minello. Ya sólo pudo ver el blanco de los grandes ojos de la bruja.

—Pues vaya unas vacaciones que estoy pasando —mascculló.

Capítulo VIII

—Estamos llegando —murmuró Stoll.

—¿Cuánto falta? Exactamente…

—La casa debe estar a unos trescientos metros… Pero no veo ninguna luz. Ya deberíamos verla.

—Avancemos un poco más.

Siguieron adelante los tres, chapoteando con cuidado en el barro. Toda la isla había quedado convertida en un barrizal después del furioso, aunque breve, huracán. Había un sendero, desde luego, por el que incluso podría pasar un camión, pero, precisamente el sendero era lo que estaba más encharcado…

En el cielo completamente despejado lucía la luna y a esa luz, de pronto, los tres vieron la casa, blanca y grande, rodeada de árboles. Y en efecto, no se veía ninguna luz procedente de ella.

—Quizá se hayan marchado —susurró Minello—, y por eso no contestaban al teléfono.

—Si se han marchado —susurró, también, Brigitte—, se habrán llevado la ION, así que tendremos que buscarlos. Y no pueden estar muy lejos, ya que utilizaron la máquina para disolver el huracán… ¿Adónde pueden haber ido sus amigos, Stoll?

—No lo sé… No se me ocurre ningún sitio. Deberían estar ahí.

—Ahí no puede haber nadie —refunfuñó Minello.

—Sigamos —dijo Brigitte—. Con precauciones. No debemos cont…

—¡JAAAAA-JA-JA…! —Oyeron de pronto—. ¡JAJAAAA…! ¡JAAAAAAAJAAAAAAA…!

—¡La risa del demonio! —jadeó Frankie.

—No digas tonterías. Son los mismos hombres que nos atacaron cuando el huracán, con los mismos trucos estúpidos… Parece que no aprendieron la lección.

—¡JAJAJAAAAAA…! ¡JA-JAJAAAA…!

Brigitte se arrodilló en el suelo, y se dispuso a abrir su maletín.

—Ya verás qué pronto dejan de reír cuando…

—Brigitte —la mano de Minello se clavó en su brazo—. Brigitte, ya no hay tiempo…

Ella alzó la cabeza y vio al primer diablo… Estaba delante de ellos, recortándose a la luz de la luna. Mantenía en alto un enorme machete con el que, ciertamente, se podía cortar una cabeza con toda facilidad… Y no estaba solo. Muy pronto, junto a él aparecieron dos negros más, que, al moverse, recibieron la luz de la luna en el rostro, de modo que se vio en ellos la pintura blanca.

Brigitte volvió la cabeza y vio a más negros tras ellos, mientras la risa satánica volvía a oírse, como un largo alarido de placer enloquecido. Y aparecieron más negros, hasta que quedaron completamente rodeados.

Y de pronto a su derecha, brotó una larga lengua de fuego que pareció estallar ante sus ojos.

Darwin Stoll lanzó un alarido entonces y saltó hacia delante, alzando los brazos.

—¡Bernadotte! —gritó—. ¡Bernadotte, soy yo, el señor Stoll, soy yo…! ¡Bernadotte, no hagáis nada, estoy yo aquí!

Otra lengua de fuego apareció, ahora por la izquierda, iluminando a los tres acorralados personajes. Brigitte se había incorporado, comprendiendo que no tendría tiempo de preparar ninguno de sus trucos antes de que una de aquellas lenguas de fuego la alcanzase de lleno, carbonizándola.

—¡JA-JAAAAAAA-JA…!

—¡Bernadotte, soy el señor Stoll! —insistía éste, con voz aguda, tremolante—. ¡Soy yo, tengo que hablar contigo!

Siguieron unos segundos de silencio. Los diablos no se movían, ni lanzaban más fuego. Minello había pasado un brazo por los hombros de Brigitte, en actitud protectora y desafiante a la vez, mirando hacia los diablos que tenían delante.

Y por allí apareció el nuevo personaje.

Otro negro, pero de menor talla que los que les rodeaban. Se colocó en el encharcado sendero y caminó hacia ellos, lentamente, bamboleándose, encorvado.

—¿Quién es? —susurró Brigitte.

—¡JA-JAAAAAA-JA…! —rió el negro cojo y encorvado, sin dejar

de acercarse.

—Ese sí que parece el diablo —dijo Minello.

—Bernadotte —se le acercó Stoll, alzando las manos—. Bernadotte, soy yo… ¡Diles que no nos hagan daño! ¿No me reconoces? ¡Soy el señor Stoll!

—¡Hola, señor Stoll! —saludó el negro encorvado, deteniéndose —. ¿Cómo está usted, señor Stoll? ¿Está usted bien, señor Stoll? Me alegro de verle, señor Stoll. Bien venido a mi casa, señor Stoll. Habla usted el francés mejor que la otra vez, señor Stoll. ¿Ha venido a visitarme, señor Stoll?

—Quiero ver a mis amigos —dijo el científico—. ¿Dónde están?

—Están en la casa, señor Stoll. Le estábamos esperando para que se reuniese con ellos… ¿Quiere verlos?

—Sí… ¡Sí, en seguida! ¡Matad a estos dos, ahora mismo!

Frank Minello respingó al oír esto.

—¡Maldito gusano! —gritó—. ¡Como te ponga la mano encima vas a ver…!

—¡Matadlos! —chilló Stoll—. ¡Bernadotte, matadlos a los dos en seguida, matadlos! ¡Son nuestros enemigos!

—¡Puerco asqueroso, te voy…!

—Cálmate, Frankie —susurró Brigitte—: sólo conseguirías que, en efecto, te matasen en seguida.

—¡Matadlos, matadlos, matadlos! —chillaba Stoll—. ¡Son nuestros enemigos y hay que…!

—Son enemigos muy poderosos —dijo el llamado Bernadotte—. Muy poderosos, sí. Sobre todo la mujer. ¿Es una bruja, como Mabanga?

—¡Las brujas no existen! —gritó Stoll—. ¡Es sólo una mujer! ¡Y también Mabanga! Te diré dónde está, para que vayáis también a matarla… ¿Qué os pasa ahora?

Los diablos habían retrocedido a la vez, en cuanto oyeron lo de ir a matar a Mabanga. Bernadotte no retrocedió, pero los demás parecieron a punto de echar a correr, incluso.

—No es fácil matar a Mabanga, señor Stoll —dijo con voz apagada Bernadotte.

—Tonterías… ¡Obedeced mis órdenes! Matad a éstos y luego iréis a matar a Mabanga, que recuerda muy bien todo lo que le contó Diomedes… ¡No puede quedar vivo ninguno de ellos! —Stoll

se volvió, de pronto, hacia Brigitte y Frankie—. ¡Así aprenderán a no meterse en lo que no les importa!

—Sí nos importa, señor Stoll —dijo, sosegadamente Brigitte—. Nos importa mucho. Usted no lo sabe, pero yo soy agente de la CIA. También son agentes de la CIA los hombres que vendrán aquí a Antillanie, si no vuelvo a comunicarme con ellos por la radio que usted me vio utilizar… Usted y sus amigos no podrán escapar de ningún manera.

—Cuando sus amigos lleguen, ya no nos encontrarán. Nos marcharemos con la ION… ¡Oh, la ION…! Usted cree saberlo todo sobre esa máquina, ¿no es cierto?

—Sé lo que mi compañero de la CIA me informó por la radio. Y usted no ha rechazado ninguna explicación en ese sentido.

—¡Qué lista es usted! —rió, crispadamente Stoll—. ¿De modo que cree saberlo todo? ¿Y le parece que los agentes rusos me perseguirían por haber robado una máquina de esas características?

—¿No? Entonces…, ¿qué otra cosa ha robado usted? ¿O qué otra cosa ha hecho?

—Hay algo que usted no sabe de la ION… No lo sabe nadie, excepto yo. Aunque… Sí, uno de los científicos rusos que estaban colaborando con nosotros intuyó algo, cuando me vio haciendo unas pruebas en unos momentos de descanso, durante algunos días… El ruso se dio cuenta de algo, pero no podía saber qué era. Todos estaban estudiando y trabajando en lo mismo, pero yo, además, hacía mi propio trabajo, en secreto… Y sólo el ruso sospechó que yo estaba haciendo algo… diferente. Por eso, debió informar a su servicio secreto y los rusos comenzaron a vigilarme y cuando salí de Washington siguieron vigilándome, siguiéndome…

—En ese caso, si usted sabía que el científico ruso sospechaba algo, no debió salir de Washington.

—¡Tenía que hacerlo, porque estos idiotas de aquí han estado utilizando demasiado la máquina! Les dije que debían construirla simplemente y esperarme…, pero han estado haciendo lo que han querido…

—La verdad, no entiendo lo que dice, Stoll.

—Le estoy hablando de la ION… En efecto, es una máquina capaz de disolver huracanes, pero… manejada a la inversa, los provoca, los crea… ¿Me comprende, ahora?

—No —se tensó la voz de Brigitte.

—¡Qué ha de entender usted…! —exclamó, despectivamente Darwin Stoll—. ¡Claro que no puede entenderme! Pero se lo estoy diciendo en lenguaje claro, popular, al alcance de todos los entendimientos: la ION disuelve los huracanes naturales, pero es capaz, manejada en sentido inverso y con ciertas modificaciones de mi invención, de crear o provocar huracanes artificiales… La descarga de ondas atómicas ocasiona una sobrecarga de energía en la atmósfera y eso da lugar a una concentración de aparato eléctrico cuyo, gran calor súbito forma nubarrones recién creados por la evaporación del agua del mar. Inmediatamente, la sobrecarga eléctrica entra en acción: aparecen los relámpagos, se producen fricciones entre poderosas cargas eléctricas, el aire es quemado tan violentamente que aparecen los vientos, cada vez más fuertes… En cuestión de un par de minutos, yo puedo crear un huracán… Que puede convertirse en tifón, en maremoto… ¿Qué sé yo hasta dónde puede llegar esa fuerza de la Naturaleza manejada por mí? Y luego, manejando directamente la ION, puedo disolverlos…, si quiero.

—¿Y qué pretende con eso?

—¿Qué pretendo? ¡Pregunta que qué pretendo! —aulló el científico—. ¡Pretendo destrozar el mundo, si así me conviene! Puedo destrozar todo el continente americano, si me lo propongo, sólo tengo que crear varios huracanes o tifones en las costas… y no disolverlos…

—Pero no es usted el único que tiene la ION, Stoll… A medida que usted fuese enviando huracanes sobre el continente, sus colegas que han trabajado con usted en esto podrían ir disolviendo los huracanes con máquinas que irían produciendo en serie, a toda prisa.

—¡No llegarán a tiempo de nada! ¡Lo primero que haré será amenazar a Estados Unidos con la total destrucción, si no me pagan mil millones de dólares y me entregan todos los planos de la ION y a los hombres rusos y norteamericanos que han intervenido en su creación! Si no lo hacen inmediatamente, destruiré toda la costa Sudeste del país, y acabaré por arrasar los Estados Unidos de costa a costa… ¿Lo entiende, ahora?

—Sí —musitó Brigitte—. Y entiendo, también, que era esto lo que usted y sus amigos tenían proyectado.

—Desde luego. Ellos también son científicos, como yo. Científicos resentidos, señorita Montfort… Nunca han sido considerados importantes, ni atendidos debidamente. Nos conocemos hace tiempo, nos escribíamos, nos veíamos de cuando en cuando… Y cada vez lo mismo: ninguna nueva oportunidad para nosotros, sólo pequeños trabajos, cosas sin verdadera importancia… Hasta que, de pronto, un día, me encuentro trabajando en la ION…, ¡y soy el único que comprende sus grandes posibilidades auténticas! ¿No prueba eso la injusticia con que he sido tratado, hasta ahora? ¿No prueba eso que soy más inteligente que todos los que…?

—No, Stoll. Eso sólo prueba que los demás científicos, tanto los rusos como los nuestros, buscaban un aparato que luchase contra los elementos de la Naturaleza, no que los provocasen. Ellos dirigían su trabajo hacia una máquina que beneficiase al hombre… Usted en cuanto comprendió las posibilidades inversas de la ION sólo pensó en usted mismo. Es cierto, Stoll: es usted un resentido. Y un loco. Sin embargo, quizá todavía podamos llegar a un acuerdo…

—¡Está loca! —rió Stoll—. ¡Claro que no llegaré a ningún acuerdo con usted, ni con nadie! ¿No puede entenderlo? ¡Quiero mil millones de dólares inmediatamente! Luego, ya veremos lo que decido hacer con el mundo, que estará en mis manos.

—¿Sus amigos están tan locos como usted?

Darwin Stoll parecía ahora otro hombre, como alucinado, como exaltado. Le brillaban los ojos, y reía continuamente; una risa aguda, estremecida, casi patética.

—¡Los va a conocer en seguida y verá que ninguno de nosotros está loco! No, no, no… Lo planeamos todo muy bien, estuvimos aquí hace meses, convencimos a Bernadotte para que nos dejase instalarnos en su casa, y aquí hemos construido la ION, y la hemos estado probando. ¡Pero esos idiotas han exagerado en…!

—Entonces, Mabanga tenía razón —susurró Brigitte—: hay… demonios que soplan en el Caribe, dentro del mar, empujando las tormentas hacia tierra firme… También Diomedes tenía razón y se asustó tanto al ver lo que sus amigos conseguían con la máquina, que fue corriendo a ver a Mabanga.

—¡Esa bruja estúpida…! ¡Yo mismo tendré mucho gusto en matarla! ¡Le enseñaré a decir que soy un hombre malo! ¡Asquerosa masa de carne negra…! ¡Bernadotte!

El encorvado negro movió la cabeza. Había permanecido en silencio, escuchando atentamente a Stoll.

—Diga, señor Stoll.

—No los matéis todavía… Traedlos a la casa: quiero que conozcan a mis amigos y que vean la máquina. Vigiladlos bien —se inclinó y recogió el maletín de Brigitte—. Y yo mismo os demostraré que ni Mabanga ni esta mujer blanca, tienen ningún extraño poder diferente a los de las demás personas… ¡Vamos hacia la casa! Que se adelante alguno de tus amigos y encienda luces… ¿Qué pasa con el teléfono; por qué nadie contestaba? He estado llamando todo el día.

—Está estropeado, señor Stoll.

—Lo suponía. Bueno, ya no importa: de todos modos no habría venido hacia aquí, hasta la noche… Ustedes: caminen. Quiero que conozcan a mis amigos, antes de que les cortemos la cabeza.

Capítulo IX

Frank Minello abrió la puerta y se apartó, dejando pasar delante a Brigitte. Entró tras ella, tropezando con la espalda de la espía, que se había detenido en seco y estaba mirando hacia arriba. También Minello miró hacia arriba…, y su rostro quedó tan blanco como la leche. La impresión fue tan fuerte, que ni siquiera tuvo fuerzas para respingar y mucho menos para gritar. Sus desorbitados ojos quedaron fijos en aquellas cosas que colgaban del techo de aquella estancia habilitada como taller.

—¡Dios mío! —gimió Brigitte.

—¿Qué pasa? —empujó Stoll a Minello, que a su vez empujó a Brigitte—. ¡Entren de una vez para…!

También él se detuvo en seco, súbitamente pálido, desencajado el rostro. Sus ojos parecieron a punto de saltar de las órbitas al ver los tres cuerpos sin cabeza que pendían del techo, suspendidos por cuerdas pasadas por los sobacos. La visión era espeluznante, pero…

Minello reaccionó, pese a estar, posiblemente, más impresionado que Stoll. Se volvió hacia éste y le disparó su puño derecho al rostro. La barbilla de Stoll crujió y el hombrecillo salió volando hacia atrás, soltando el maletín y la pistolita de Brigitte, con la mandíbula rota.

—¡Salgamos de aquí! —aulló Minello, inclinándose a recoger la pistolita.

—¡Espera, Frankie! ¡Afuera están los diablos! ¡Hay que esperar a que…! ¡Stoll! ¡Vuelva aquí!

Brigitte salió del taller, en pos de Stoll, al que había visto ponerse en pie y correr, tambaleándose, hacia la puerta de la casa, aullando de modo espantoso.

—¡Stoll, vuelva! ¡No salga! ¿No comprende que…?

Pero Stoll salía en aquel momento de la casa. Minello pareció dispuesto a perseguirlo, pero Brigitte le retuvo de un brazo.

—¡No, Frankie! ¡Esto es cosa de los negros, de ese Bernadotte! Vamos a quedarnos aquí… Llamaré por la radio a los Simones y llegarán en pocos minutos con el helicóptero, para ayudarnos…

La voz de Stoll llegó en aquel momento hasta ellos, de un modo extraño, gutural:

—¡Bernadotteeeee…! ¡Soy Stoll! ¡Soy…!

—¡Apaga la luz, Frankie! —gritó Brigitte.

Justo en el momento en que Minello saltaba hacia el interruptor y apagaba la luz, afuera se oía la risa verdaderamente demoníaca, escalofriante de Bernadotte:

—¡JAAAAA-JAJA…! ¡JAAAJAAAAA…!

—¡Bernadotte, soy Stoll…! —chillaba éste.

—La ventana —exclamó Brigitte.

Recogió su maletín y fueron a colocarse junto a la ventana que parecía un rectángulo de plata. Al resplandor de las demás luces de la casa que habían quedado encendidas vieron a Stoll, corriendo, con los brazos en alto, llamando a Bernadotte e identificándose sin cesar, gritando cada vez más.

De pronto, dos negros aparecieron delante de Stoll y éste se detuvo en seco.

—¡Señor Stoll! —Se oyó entonces la voz de Bernadotte—. ¡Le doy la bienvenida a mi casa, señor Stoll! ¿Usted también me desprecia, como sus amigos, señor Stoll? ¿Por qué no me insulta, señor Stoll? ¡Tengo su máquina, señor Stoll y seré yo quien se hará rico con ella, y mataré a todo el mundo que no me obedezca! ¡Gracias por traerme su máquina, señor Stoll!

—¡Bernadotte, escúchame! —aulló Stoll—. ¡Tú no sabrás manejar la máquina, pero yo te enseñaré, y los dos…!

—¡Sé manejar la máquina, señor Stoll! ¡Lo he estado haciendo desde que maté a sus amigos! ¡Y lo haré con todo aquel que, a partir de ahora, no se someta a mi voluntad! ¡Pediré mil millones de dólares a Estados Unidos y les obligaré a nombrar un presidente de raza negra y…!

Stoll volvió a gritar, y dio media vuelta, dispuesto, evidentemente, a regresar corriendo a la casa.

Entonces, de los dos negros brotaron dos largas lenguas de fuego, que envolvieron a la vez, a Darwin Stoll. Fue como aplicar una cerilla a una gigantesca tea, a una enorme antorcha. El alarido

de Stoll fue inhumano… Y siguió corriendo todavía unos pasos, envuelto en llamas, perseguido por las lenguas de fuego. De pronto cayó de bruces y quedó allí, convertido todo su cuerpo en una llama.

Minello miró a Brigitte, con expresión desencajada, pálido como un muerto.

—La… la bruja Mabanga tenía… tenía…

—No tenía razón, Frankie. Simplemente, ha acertado en un pronóstico. Sobre todo no pierdas la serenidad. Es cierto que Stoll ha muerto de un modo horrible, pero éste no es momento de hablar de brujerías, porque ahora vendrán a por nosotros.

—¿Cómo… cómo puedes estar tan tranquila…?

—No estoy tan tranquila, Frankie. Estoy muy asustada, pero no tengo intención de dejarme matar. Pueden atacarnos de tres modos: por la ventana, por la puerta de este taller, o incendiando la casa con los lanzallamas. Esto último no creo que lo hagan, porque la casa es de Bernadotte. Así que vigila la puerta mientras yo preparo la defensa de la ventana. ¿Tienes mi pistola?

—Sí… Sí.

—Voy a prepararles una broma, de estilo muy personal, a esos diablos. No pierdas de vista la puerta…

—¡JAJAJAJAJAAAA…! ¡JA-JAAAA-JAAAA…!

—… Y no hagas caso de esa risa. Ese hombre está loco. Mejor dicho: es un resentido, como el propio Stoll, y como sus amigos. Es un pobre negro deforme que ha debido recibir muchos desprecios y ofensas y en cuanto comprendió lo que podía hacer con la máquina ION, en cuanto se dio cuenta del poder que podía conseguir con ella, aprovechó la ocasión. ¿No te parece que el Destino tiene designios muy sorprendentes?

—Yo… yo no sé qué… qué pensar ya…

—Pues es fácil: cuatro resentidos ambiciosos ven la oportunidad de encumbrarse y van a caer en manos de otro resentido que aún está más loco que ellos y que decide matarlos para disfrutar él de un increíble poder. Es increíble, pero cierto. Si ése…

Se calló, y Minello, tras esperar en vano unos segundos preguntó:

—¿Qué pasa?

—¿No oyes nada?

—No… N-n-nooooo…

—Empieza a llover —musitó Brigitte.

Apenas había dicho esto, la luna desapareció. Afuera, la negrura fue absoluta, salvo los rectángulos de luz que salían de la casa… Y de pronto, también éstos se apagaron. Oscuridad total.

—Han cortado la energía eléctrica —susurró Brigitte, con voz tranquila—. Tendré que terminar de preparar esto completamente a oscuras.

—Está… está lloviendo…

—Ya te lo he dicho. Prepárate para otro huracán. Bernadotte debe estar en un lugar seguro con su máquina y la está haciendo funcionar…

—¡JAAAJAJAA-JA-JAAA…! —Se oyó, como flotando en la fina lluvia.

Casi en seguida, lejano, el retumbar de un trueno siguiendo al estallido de un relámpago, que lo llenó todo de vivida luz azul. La lluvia arreció. Otro relámpago, otro trueno… El viento comenzó a soplar.

—Vigila exclusivamente la puerta, Frankie: yo me encargo del exterior.

—Es lástima que no haya aquí un cura —dijo Minello, con voz aguda.

—¿Por qué? —se sorprendió Brigitte—. No me digas que estás pensando en confesarte, Frankie.

—No… Yo no tengo pecados. Pensaba que podían casarnos in articulo mortis.

—No vamos a morir… Nosotros, no. Les voy a dar una muestra del gran poder de la bruja blanca, en cuanto…

Brigitte lanzó una exclamación simultáneamente con el resplandor de otro relámpago, a cuya luz vio a tres negros corriendo hacia la ventana, en silencio, dos de ellos machete en alto, y el otro con un lanzallamas…

Fue una visión brevísima, pero la espía internacional tuvo suficiente. Apuntó el tubo-fusil que había terminado de preparar a oscuras y apretó el disparador.

¡Fummm…!

—¿Qué…? —Respingó Minello.

Afuera apareció una llamarada roja y azul, como una bola de

extraño fuego, provocada por la cápsula disparada por Brigitte. Y a esa luz, la espía vio los tres cuerpos saltando por el aire, retorcidos…

Al mismo tiempo, por encima de esa luz vio algo que la dejó atónita: el viento movía las ramas largas de uno de los grandes árboles que había cerca de la casa y por entre esas ramas vio la plataforma, una forma negra, algo reluciente…

—Está en un árbol —exclamó—. ¡Frankie, Bernadotte está en un árbol, con la máquina ION! ¡Ha construido una plataforma muy fuerte y la tiene escondida allí!

—¿Qué dices? —gritó Minello.

Brigitte no se molestó en repetirlo. Afuera, el viento silbaba cada vez con más fuerza. Pero, también se oían gritos humanos, llenos de pavor.

Apuntó, más o menos, hacia donde había visto tan fugazmente el árbol y disparó por segunda vez. La llamarada iluminó no sólo el árbol, muy cerca, sino a varios negros, de espaldas corriendo como locos, alejándose de la casa…

—¡Volved! —Oyeron los gritos de Bernadotte—. ¡No es una bruja, esos fuegos no los hace ella, son proyectiles…!

Brigitte apretó los labios, e introdujo a tientas otra cápsula incendiaria-explosiva. Se desentendió por completo de los negros que huían enloquecidos ante lo que, evidentemente, consideraban un truco de magia por parte de ella y apuntó hacia donde había visto el árbol. Con aquélla, tenía todavía cuatro cápsulas más y esperaba que fuesen suficientes.

¡Fiummmm…!

Rodeada de lluvia que comenzaba a arremolinarse y cada vez más espesa, Brigitte vio la llamarada que se produjo en el centro del follaje de un árbol…, que sólo podía ser el que ella había elegido. La gran bola de fuego detonó blandamente en el húmedo ambiente y ramas y hojas saltaron hacia todos lados envueltas en luz roja y azul.

Brigitte se quedó inmóvil, esperando. Si había acertado, lo sabría muy pronto.

Y a los pocos segundos, el viento recién iniciado dejó de soplar, los relámpagos se fueron espaciando, la lluvia se clareó.

—Me parece —dijo la espía—, que hemos hecho abortar un

huracán a mamá Naturaleza, Frankie.

—¿Qué ha pasado? Casi no llueve ya, no hay relámpagos, ni viento…

—Salgamos. Y no te preocupes: los diablos han huido enloquecidos ante la magia de la bruja blanca. De todos modos, no nos descuidemos.

Salieron de la casa, y fueron hacia el árbol, que todavía estaba ardiendo. Pero antes pasaron muy cerca de los cadáveres destrozados de tres negros, muy cerca de uno de los cuales se veía un lanzallamas, retorcido, convertido en chatarra… El huracán desaparecía, tan rápidamente, que todavía estaban viendo esto un tanto confusamente cuando la luna volvió a aparecer y las estrellas…

—Debo estar soñando —masculló Minello.

Se acercaron al árbol ardiendo, y Brigitte vio, entre las gruesas ramas centrales, una plataforma destrozada con restos de cadenas colgando… Eso era todo lo que había allí.

—Estaba tan loco como Stoll y los otros —musitó—. Los mató a los tres después de enterarse de cómo funcionaba la ION y se trajo la máquina a este árbol, para apuntar directamente al cielo… O quizá sea necesario hacerlo así.

—¿El negro loco estaba ahí arriba?

—Sí. Echemos un vistazo alrededor del árbol… Su cadáver tiene que estar por aquí. Y la máquina. Tenemos luz suficiente con este árbol ardiendo. Busquemos, Frankie.

Frankie Minello tuvo menos suerte que Brigitte: fue él quien encontró el cadáver de Bernadotte. Es decir, lo que quedaba del cadáver… Mareado por las náuseas, comenzó a retroceder. El olor a carne quemada era espantoso. Y aquella visión resultaba aún más espantosa… Tropezó de pronto con algo y se volvió respingando, alzando la pistolita de Brigitte…

—Soy yo —dijo ésta—. He encontrado la máquina: está destrozada, convertida en chatarra, como el lanzallamas. ¿Has encontrado a Bernadotte?

—Sí —dijo Minello, con voz ronca—. Y será mejor que no lo mires, Brigitte.

—Te aseguro que no tengo el menor interés. Será mejor que nos marchemos ya, Frankie: oigo rumor de gente acercándose. Deben

haber visto el fuego desde la ciudad y vienen a ver qué pueden hacer… Ojalá los rusos que venían hacia aquí con la lancha estén entre ellos.

—¿Por qué?

—Porque eso querría decir que han dejado sola la lancha.

—¿Se la vamos a robar? —rió Minello.

—No exactamente, Frankie.

Capítulo X

Al amanecer, los cuatro agentes de la MVD regresaron al embarcadero, llevando, entre todos, los restos de la ION. Habían sido de los primeros en llegar al lugar donde había fuego y en cuanto vieron la máquina se apresuraron a esconderla. Luego tras actuar con toda normalidad, como los demás habitantes de la isla, se habían alojado en el hotel. Y antes de amanecer, habían ido a por la máquina. Pero sus cuentas respecto al tiempo salieron mal: amaneció cuando todavía no habían llegado al embarcadero, de modo que tuvieron que apresurarse mucho, pues querían marcharse sin ser vistos, ya que en ese caso habrían tenido que dar muchas explicaciones sobre aquella chatarra.

Se movían tan apresuradamente, que, cuando uno de ellos reparó en aquel bulto envuelto en sacos viejos, ya estaban alejándose de la costa, hacia la Martinica.

El espía ruso se arrodilló, apartó los sacos, y vio la sábana. Frunció el ceño, alzó también parte de la sábana, y se quedó inmóvil, lívido. Se quedó tan inmóvil, que uno de sus compañeros, que estaba encendiendo un cigarrillo, se quedó mirándolo fijamente.

—¿Qué hay ahí? —preguntó—. ¿De dónde ha salido ese fardo?

No recibió respuesta, así que se acercó, igual que el otro, intrigado. El único que no podía moverse de su sitio era el que pilotaba la lancha, pero volvió la cabeza… Y así, vio palidecer a sus dos compañeros, y se dio cuenta de que el primero también estaba pálido.

—¿Qué pasa? —gritó para hacerse oír por encima del rugir del motor—. ¿Qué es eso?

Uno de sus compañeros se acercó, y quedó a su lado, fija la mirada en el mar.

—Es Basil —murmuró.

—¿Qué?

—¡Que es Basil Spevenko! No entiendo nada de nada… Nada de nada. Lo único que sé es que el americano estaba carbonizado, que había cabezas cortadas en la casa, la ION convertida en chatarra… No entiendo nada de nada. Pero al menos, regresamos con la máquina.

—¿Qué diremos, cuando nos pregunten qué ha pasado?

—No tengo ni idea. Pero todo esto parece cosa del demonio…, si existiese el demonio, ¡claro!

* * *

—El demonio ha muerto —se oyó la pausada voz de Mabanga—. Los diablos se han marchado, ya no soplarán más en el Caribe… ¡Águila! ¡Olo! ¡Toa-toa!

Frank Minello se inclinó hacia Brigitte, y musitó:

—¿Qué dice, ahora?

—No lo sé —susurró Brigitte.

—Pero está haciendo algún conjuro, ¿verdad? —insistió Minello.

—Seguramente. Debe ser una fiesta de despedida.

—¿Y por qué nos vamos? Se está estupendamente en esta isla, Brigitte. Ya enviaste a Miky los artículos sobre el asunto, no tenemos nada que hacer allí…

—Tú no, porque estás despedido, pero yo todavía tengo un empleo en el Morning News.

—¡Bah! Tú no eres empleada de nadie, porque siempre haces lo que te da la gana. ¿De verdad no quieres que nos quedemos unos días más? Ya no hay huracanes, podemos pasarnos el día nadando y tomando el sol, como los dos últimos… Dos días que nunca olvidaré, porque he estado contigo, y…

—¡SILENCIO! —exigió con voz colérica Mabanga.

—Le decía a Brigitte que… —empezó Minello.

—¡SILENCIO!

—Sí, señora bruja —sonrió Minello, mirando de reojo a Brigitte, que tuvo que esforzarse para no reír.

—Olubu… ¡Toa-tao-toa! —exclamó Mabanga—. ¡Nuku obolo doto!

La gordísima negra suspiró profundamente, y, por detrás de

Brigitte y Minello, su familia comenzó a moverse, a hablar… Frank miró a Brigitte.

—¿Ya podemos hablar? —preguntó.

—Me parece que sí —rió Brigitte—. Pero sólo para despedirnos. Vamos, muévete.

Brigitte se puso en pie, y se acercó a Mabanga rodeando el fuego. Le tendió la mano, sonriendo, y Mabanga consiguió también ponerse en pie. Pasó sus brazos hacia la espalda de Brigitte, y la hundió entre sus senos de un doble manotazo.

—Estoy contenta, niña… Contenta, porque sigo siendo una bruja con poderes, y tú también tienes esos extraños poderes que no consigo comprender…

—Son poderes secretos… —rió Brigitte—. Cada bruja tenemos los nuestros, Mabanga.

—Es verdad… —sonrió Mabanga—. Es verdad. Y ahora, niña, me voy a poner triste, porque te vas. No me gusta que viajes sola, pero estás acostumbrada, y con tus poderes no debes temer nada.

—Muy amable —rió Brigitte—. Pero no me voy sola. Frankie viene conmigo, naturalm… ¡Frankie! ¿Qué haces todavía ahí sentado? ¡Tenemos que marcharnos! ¿Qué te pasa?

Frank Minello la miraba con ojos desorbitados.

—No… no puedo moverme… Estoy intentando ponerme en pie, pe-pe-pero no… no puedo… ¡Las piernas no me obedecen!

—Es el castigo de Mabanga… —le señaló la negra—. Así aprenderás a no interrumpir los conjuros. ¡Te he castigado a regresar solo, dentro de tres días, sin la niña Brigitte!

—Vamos, Frankie —sonrió Brigitte—: no hagas tonterías.

—¡No son tonterías! ¡No puedo moverme! ¡Te lo juro!

—Está bien. Si tienes ganas de bromear, seguiremos la broma. Nos veremos en casa, Frankie. ¡Adiós, Mabanga! ¡Adiós a todos! ¡Adiós. Frankie!

—¡No me dejes aquí! —aulló Minello—. ¡No puedo moverme!

Pero Brigitte, sin hacerle caso, se estaba despidiendo de la familia de Mabanga, dando la mano a los mayores, besando a los niños. A Dedé le puso en las manos un sobre con diez mil dólares, y se inclinó hacia su pelada cabecita, susurrando:

—Dáselo a Mabanga cuando yo me haya ido, y dile que haga buen uso de esto para todos vosotros, Dedé. ¿Lo recordarás?

Y tras decir esto, Baby se marchó.

Mabanga desapareció un instante. Sólo un instante. Cuando volvió, se quedó mirando amablemente a Minello, cosa que sorprendió y mosqueo a éste, que masculló:

—Mabanga es una gran bruja.

—Ya es tarde para conseguir mi perdón —dijo Mabanga—. Ahora tendrás que quedarte aquí, con Nimenia.

Minello abrió la boca…, pero en aquel instante entró una muchacha. Era tan hermosa, que Frankie se quedó con la boca abierta. Alta, esbelta, de grandes ojos, cuerpo elástico… Se desnudó delante de Frankie, y se tendió junto a, él. Le tomó las manos, y las colocó sobre sus pechos, que parecían de seda negra.

—Ámame… —dijo—. Te lo suplico, ámame. Cuento con la aprobación de mi abuela. ¡Y yo lo deseo tanto…!

La desorbitada mirada de Frankie fue hacia la bruja Mabanga, que contemplaba, muy complacida, la escena.

—Pe… pero…, ¿qué significa esto? —jadeó Minello.

—Me gustará mucho ver un hombre blanco tan hermoso como tú amando a mi nieta preferida. ¿De verdad te gusta este hombre, Nimenia?

—Mucho, abuela. Gracias por regalármelo.

—¡Pero qué regalo ni qué…! —empezó Minello.

La muchacha llamada Nimenia se abrazó a él, y le besó en los labios. Era un cuerpo bellísimo el que Frankie Minello tenía como fundido al suyo. Un cuerpo terso, fresco, palpitante de deseos, de amor… Nimenia tenía los labios gruesos, pero tiernos y frescos, suaves… Minello se estremeció cuando la lengua de la muchacha le dio un latigazo dentro de su boca. La apartó, y se quedó mirándola furiosamente. De pronto, se mordió los labios.

—Nimenia… —susurró—. Perdóname, Nimenia, pero yo no… No es porque seas negra, no… Es que… Mira, sería para mí un placer poseerte, de veras… ¡Estoy seguro de que disfrutaría mucho! Pero… eso sería todo, ¿comprendes? Por favor, sepárate de mí…

—La quieres mucho, y sinceramente… —susurró Mabanga—. Eso me gusta de ti. Y también, me gusta que seas bueno. Yo sé que eres bueno, pues de otro modo, habrías poseído a esta flor virginal que todavía es Nimenia, y luego… te habrías marchado. ¿Verdad?

—Sí.

Mabanga miró a su nieta, que se vestía rápidamente, sonriente.

—Eres un hombre muy bueno. Mabanga te perdona; puedes irte con la niña.

Este es el final

—¡Brigitte! —Entró Minello en el salón gritando—: ¡Brigitte, Brig…! ¡Ah, estás aquí, Reina de Mi Vida! He recibido otra carta de… Vaya… —Apareció el desencanto en el rostro de Frankie—. Veo que estás muy mal acompañada.

Miky Grogan, sentado en un sillón, le dirigió una hosca mirada.

—Siempre serás un bocazas, Frankie —gruñó.

—¡Al demonio, viejo tirano! —rió Frankie, y miró de nuevo a la bellísima Brigitte, radiante con su vestido de tarde, modelo decididamente primaveral—. ¡He tenido dos cartas más! ¡Del Chicago Tribune y del Morning Herald, de Atlantic City! ¡Con un sueldo increíble…! ¡Y con éstos, ya van seis periódicos que se están dando tortazos para conseguir contratarme…!

—¿Cómo, contratarte? —saltó Grogan—. ¡Tú ya tienes un empleo!

—¿Sí? —Lo miró fríamente Minello—. ¿Dónde?

—¿Qué demonios de dónde? —vociferó Grogan—. ¡En el Morning News, naturalmente! ¡En tu periódico!

—¡Está majareta! —dijo Frankie, tocándose una sien con un dedo y mirando a Brigitte—. ¡Está como una de las cabras de Mabanga! Presenté mi dimisión, y no pienso trabajar más para el Morn…

—Te echaremos mucho de menos —murmuró Brigitte.

—¿Me echaréis de menos? —exclamó Minello—. ¿Qué quieres decir?

—Pues que si te vas a trabajar a Atlantic City, o a Chicago, nos veremos muy poco. Cada vez menos. Se acabaron las tertulias del amanecer en el despacho de Miky, después de dar el trabajo a las máquinas, tomando un cafetito bien caliente… Se acabaron las tardes apacibles aquí, en mi casa, escuchando música o jugando al ajedrez… Se acabaron las cenas con champaña con guindas… Ya no

tendré a nadie que me pase a buscar con el coche para llevarme al Morning, ni podrás ganarle más partidas de ajedrez a Uno, ni…

—Di… Di… Dios… mí… mío… —jadeó Minello.

—Pero en fin, Frankie, si ése es tu deseo…

—Mi puerta ya está arreglada —mascullo Grogan—. Y al fin y al cabo, un cristal es sólo un cristal.

—Bueno —dijo Minello—, está bien. Ya que los dos me lo suplican de este modo, me quedaré. ¿Verdad que le han gustado los artículos de Brigitte sobre los diablos del Caribe?

—Naturalmente. ¡Mucho! ¡El periódico se vende el doble cuando Brigitte…! ¿Por qué preguntas eso?

—Porque pronto va a tener otro Premio Puliitzer en su maldito periódico, viejo gruñón.

—¿Quién? —saltó de veras Grogan—. ¿Tú?

—Toma, claro… ¿Acaso no soy el mejor periodista deportivo del país?

—Pues… Bueno, sí tengo que admitirlo… Pero de eso al Premio Pulitzer… Quiero decir que no lo dan así como así, Frankie.

—¡Ah, no importa! —sonrió Minello de oreja a oreja—: del mismo modo que he falsificado estas cartas de otros periódicos, puedo falsificar el Premio Pulitzer.

Brigitte se echó a reír, sin poder contenerse. Pero Miky Grogan enrojeció. Luego, palideció. Después quedó medio verde y medio morado… Su boca se abría y cerraba, como dejando escapar la congestión.

—Señorita —apareció Peggy—: el señor Pitzer.

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA apareció en el salón, mirando inmediatamente a Brigitte, hosco el gesto.

—Brigitte, noticias del Caribe…

—¡AaaaAAAh! —Lanzó Minello un alarido de miedo—. ¡El diablo! ¡Ha quedado vivo uno de los diablos del Caribe! ¡A matarlo, a matarlo…!

—¿Qué dice este chiflado? —mascullo Pitzer.

—Lo voy a matar con brujerías: ¡Toa-toa! ¡Ulubo toa! ¡Ika, tomoka, tomkipa…, que se muera el tío de la pipa!

—¡Me está usted ya tocando…! —empezó Pitzer.

—¡Déjelo, tío Charlie! —sonrió dulcemente Brigitte—. Frankie está contento, eso es todo. No tiene que preocuparse. A menos,

claro —un gesto de picardía apareció en el bellísimo rostro, mientras guiñaba un ojo a Frankie—, que usted sea verdaderamente uno de los diablos que estuvieron soplando en el Caribe. ¿Lo es?

—En todo caso —dijo Minello—, sería un pobre diablo. ¡En cambio, tú eres la diablesa más hermosa del mundo!

—¡Zambomba! —Amplió su sonrisa Brigitte—. Tendré que reflexionar sobre si me gusta o no me gusta ese cumplido, Frankie…

FIN